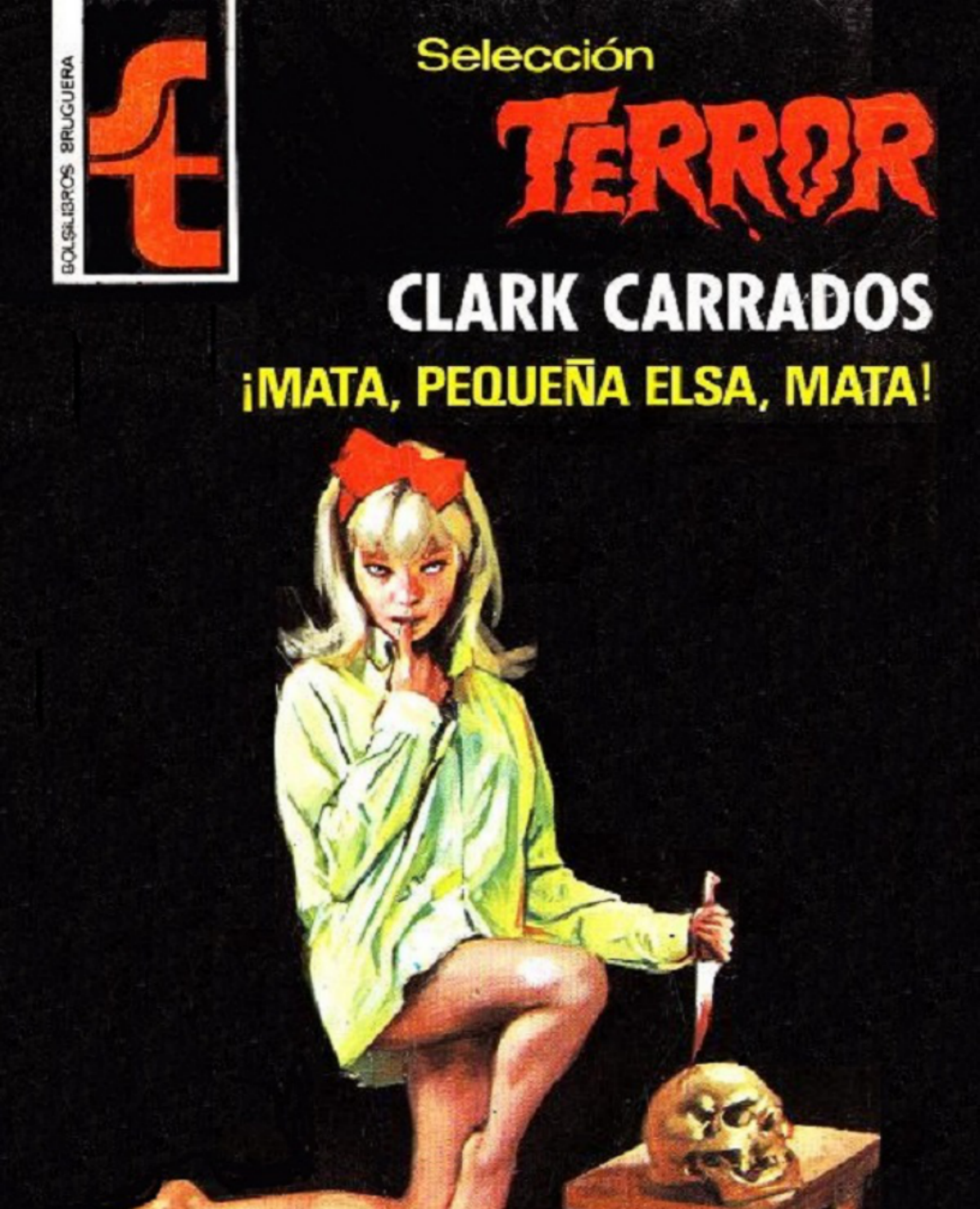

BOLSILIBROS BRUGUERA
Selección
TERROR
CLARK CARRADOS
¡MATA, PEQUEÑA ELSA, MATA!



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

271 — El hombre que no podía morir, *Clark Carrados*.
272 — La barrera de la muerte, *Burton Hare*.
273 — Ojo en la oscuridad, *Curtis Garland*.
274 — El terror cayó del cielo, *Joseph Berna*.
275 — La helada voz del Infierno, *Silver Kane*.

CLARK CARRADOS

¡MATA, PEQUEÑA ELSA, MATA!

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 276
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 15.790 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1978

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Elsa contaba unos cinco o seis años de edad cuando Freddy Gardner, un muchacho de casi doce, tan desarrollado que casi parecía un hombre, le tiró una piedra a su perro favorito, «Duddy». Además de díscolo, Freddy era de los chicos que disfrutaban haciendo daño a algo o a alguien. La piedra era grande y «Duddy» era un pekinés que casi cabía en el puño. Freddy tenía una notable potencia muscular y «Duddy», criado a biberón por Elsa, adoraba a su amita.

El resultado de la pedrada fue la fractura de la columna vertebral de «Duddy», al que hubo de rematarse, a fin de evitarle inútiles torturas. Después de que Freddy hubiera realizado su meritoria acción en presencia de la pequeña Elsa, ésta se le arrojó encima, golpeándolo con los puñitos, gritando y llorando a lágrima viva, a imprecándole con su todavía escaso vocabulario infantil, hasta que al fin, la exasperación que la poseía provocó en ella una explosión de furia:

-—¡Te odio! ¡Te odio! —decía Elsa, mientras Freddy reía estruendosamente, mientras se dejaba golpear—. Eres un niño malo, y un salvaje... y los niños malos y salvajes deben morir para que no hagan daño a nadie... Yo quiero que te mueras..., que te mueras...

Al fin, Freddy Gardner, sin dejar de reír su «hazaña», se alejó, dejando a Elsa sumida en el mayor de los desconsuelos, mientras «Duddy», que no comprendía por qué ya no podía mover las patas traseras, gemía lastimeramente. Elsa recogió al perrito y regresó a su casa, en donde concluyó el drama.

Cuando el jardinero se llevó a «Duddy», ya muerto, para enterrarlo en algún rincón del frondoso parque que rodeaba la mansión, Elsa, hecha todavía un mar de lágrimas, explicó a su tutor lo que había sucedido.

—Y le he dicho que ojalá se muera, porque es un niño muy malo y hace daño a todos los animales... Hace poco, roció con gasolina al gato del vicario y le prendió fuego... y un día puso una trampa y cazo una zorra y la soltó en el gallinero de la señora Mac Guinny... y también cazó media docena de ratas y las soltó en plena clase y la señorita Reeves se desmayó del susto...

El tutor de Elsa intentó tranquilizarla y le prometió que le compraría otro perrito. También dijo que hablaría con los señores Gardner, a fin de que pusieran coto a los desmanes de su vástago o se iría a la policía local de Shrewen, la población más cercana de cierta importancia, para que la ley tomase cartas en el asunto.

Aquella noche, Freddy Gardner dijo que no quería cenar, ya que no sentía el menor apetito. Su madre le puso una mano en la frente y Freddy, de mal humor, dijo que no tenía fiebre.

Pero al día siguiente, apenas si probó el desayuno. A mediodía tampoco almorzó y por la noche no quiso cenar. La señora Gardner empezó a

preocuparse por la salud de su vástago.

El médico de la aldea acudió al día siguiente y reconoció detenidamente a Freddy, sin encontrarle el menor síntoma de enfermedad. Habló del proceso de crecimiento, de los trastornos de la pubertad, recetó reconstituyentes y sedantes... y Freddy continuó con su falta de apetito.

Cuatro semanas más tarde, Elsa vio pasar por delante de su casa una comitiva, encabezada por cuatro hombres que transportaban un ataúd blanco. Elsa, arrodillada en el césped, junto a su nuevo perro, que también llevaba el mismo nombre que el anterior, contempló la escena en silencio a través de sus grandes ojos azules.

Detrás del ataúd, los señores Gardner caminaban sumidos en la aflicción. El padre, vestido enteramente de negro, tenía la cara pálida y contraída. La madre lloraba incesantemente. El vicario, de negro y con alzacuello, llevaba abierta la Biblia y recitaba salmos sin interrupción.

—Freddy ya no te tirará piedras, «Duddy» —dijo Elsa a media voz, mientras acariciaba la cabeza del cachorrillo—. Era un niño malo y ha muerto porque yo se lo dije.

El perro ladró alegremente. Luego, cuando Elsa echó a correr, la siguió por el césped, meneando la cola y ladrando y saltando alrededor de la niña todo el rato.

A la hora del almuerzo, que Elsa realizaba con su tutor, la niña dijo que había visto pasar el entierro de Freddy Gardner.

—Ahora ya no podrá molestar a los perros y los gatos de la vecindad —dijo—. Los niños como Freddy están mejor en el cementerio.

El tutor miró con asombro a la chiquilla.

—Elsa, no vuelvas a repetir jamás una cosa semejante —dijo severamente —. Freddy era un chico malo, es cierto, pero habría podido corregirse.

—No, se hubiera convertido en un ladrón y un asesino y lo habrían ahorcado... ¿Verdad que ahorcan a los asesinos?

—Ahora ya no, pero los encierran para siempre, Elsa. La niña sonrió de un modo especial.

—Bueno, también Freddy está encerrado para siempre —dijo, mientras tomaba su sopa con angelical compostura.

El tutor empezó a preguntarse si no había sido encargado de cuidar de un pequeño monstruo. Elsa era una niña tranquila y retraída, que no quería jugar con las de su edad y que no mostraba demasiado interés por abandonar el espacio relativamente limitado de la propiedad. El tutor empezó a pensar que sería conveniente internarla en algún colegio, en donde los maestros podrían modelar un poco el carácter de la niña, aparte de la instrucción que le impartirían y que la permitiría salir del estado de casi total analfabetismo en que se encontraba en la actualidad. La muerte de los padres de Elsa había ocurrido un año antes y el tutor había pensado que a la niña le resultaría conveniente pasar una larga temporada en Shadderness Court, a fin de que superara el trauma de la ausencia de sus progenitores.

Elsa se encontraba ya bien en este aspecto, pero empezaba a ofrecer ciertos inquietantes síntomas que no agradaban poco ni mucho a su tutor. Así, pues, el tutor inició las gestiones tendentes a conseguir para la niña el mejor internado posible. La fortuna de Elsa era considerable y el tutor pensaba que bien valía la pena el dispendio, con tal de conseguir que la niña llegara a olvidar sus fantasías y pudiera convertirse un día en una mujer hecha y derecha. Y a poco que hubiese heredado las cualidades físicas de su madre, sería una belleza como pocas se habían visto.

Dos semanas más tarde, Elsa, con enorme disgusto por su parte, fue conducida al internado. El tutor hizo el viaje con la niña. Durante todo el trayecto, Elsa no despegó los labios una sola vez. Ni siquiera le dijo una sola palabra en el momento de la despedida.

Pero a las tres semanas, el tutor recibió una llamada de la directora del internado, terriblemente angustiada por la falta de Elsa, que había desaparecido del centro, sin que nadie supiera cómo había podido ocurrir. Lo primero que pensó el tutor fue en un rapto y, consecuentemente, se preparó para recibir el mensaje en el cual se le iba a exigir el rescate.

Naturalmente, avisó a la policía, que se puso en movimiento instantáneamente. Scotland Yard envió a un par de detectives para que custodiaran la casa, mientras cientos de policías se desperdigaban por todas partes, en busca de la niña. Lo extraño era que nadie había reivindicado el secuestro ni solicitado un rescate por Elsa.

Dos días más tarde, uno de los detectives que vigilaban la casa, vio avanzar por el sendero central a una niña de cabellos rubios y ojos azules. Tenía la cara ligeramente sucia y los vestidos arrugados, pero, por lo demás, su aspecto era enteramente normal.

—Hola —dijo la niña con voz normal.

—Hola —contestó el policía—. ¿Qué haces aquí, chiquilla?

—Esta es mi casa, señor. He vuelto, porque no quería estar en el internado.

El policía casi se desmayó al oír aquella respuesta. En aquel momento, «Duddy» presintió la presencia de Elsa y empezó a ladrar estridentemente.

Después, todo fue alboroto y movimiento. El tutor se puso de muy mal humor y dijo a Elsa que había obrado mal escapándose del internado. El inspector Cagney, del Yard, obrando con arreglo a su profesión, quiso saber cómo había podido salir Elsa de una institución que disponía de un enorme parque, rodeado por una alta tapia de mampostería, imposible de franquear por las personas adultas, cuanto más por una niña que no había cumplido aún los seis años. Y, por si fuera poco, había un guardián que custodiaba la entrada día y noche.

—Ah, pues fue muy sencillo —explicó Elsa con toda naturalidad—. Como la directora no quería hacerme caso cuando le decía que yo no quería seguir allí y que tenía que volverme a mi casa, una noche me levanté, me vestí y salí del dormitorio. Cuando llegué a la puerta principal, le dije al señor Roberts, el portero, que me abriese, que me volvía a mi casa. El señor Roberts me

obedeció y yo empecé a caminar...

Cagney y el tutor cambiaron una mirada de estupefacción. El internado se hallaba a casi trescientas millas de distancia de Shadderness Court y Elsa había hecho el viaje, de ida, una sola vez en su vida. ¿Cómo era posible que hubiese sabido encontrar el camino de vuelta? Y, ¿cómo lo había realizado, sola y sin dinero?

—¿Te ayudó alguien? —preguntó el inspector.

—Oh, sí, encontré un camionero y me trajo hasta una milla de casa... Tuve que indicarle la ruta, porque él no sabía...

—Dices que ordenaste al señor Roberts que te abriese y él obedeció.

—Sí, señor. Es un hombre muy bueno, por lo que no deben hacerle nada. Sólo hizo lo que yo le pedía... pero, por favor, no me lleve más al internado, señor Sphyllix... Yo quiero seguir viviendo aquí...

Él tutor suspiró.

—Te quedarás en Shadderness Court, Elsa —decidió resignadamente—. En cuanto a usted, inspector, le ruego hable con el portero del internado, por si esta precoz señorita le hubiese convencido mediante la promesa de un soborno. Porque si no es de otro modo, no se comprende que un hombre que tenía la misión de guardar su puesto, quebrantase de semejante manera la confianza que en él había sido depositada.

Cagney, efectivamente, habló con el señor Roberts, el cual juró y perjuró que no había abierto la puerta durante toda la noche y menos a Elsa Lawrence. Jamás se le habría ocurrido dejar salir sola a una niña de menos de seis años, sólo porque ella se lo hubiese pedido. Inmediatamente, de haberla visto, claro, cosa que no se había producido, la habría llevado a presencia de la directora...

El inspector Cagney pensó en la posibilidad de un árbol cercano a la tapia. Las niñas del tipo de Elsa solían ser muy precoces en todo y, aunque por el lado de afuera no había nada adonde agarrarse, cabía la posibilidad de que ella hubiese alcanzado la barda trepando por el tronco y gateando después por alguna rama. Pero no había ni un solo árbol en esas condiciones; la anterior directora tuvo un caso de fuga realizada en tales circunstancias y los dos árboles que podían resultar peligrosos, fueron talados sin contemplaciones.

Cagney tuvo que marcharse, pues, sin haber resuelto el enigma de la fuga de Elsa, aunque, si la niña no había saltado la tapia, la solución estaba clara: el portero, demasiado crédulo tal vez, se había dejado sobornar por una chiquilla que, en ocasiones, actuaba y se comportaba con la madurez de un adulto. Para Roberts, la escapatoria tuvo consecuencias desastrosas, porque nadie creyó en sus negativas y fue despedido de su puesto.

Y Elsa consiguió lo que quería, porque se quedó a vivir en el lugar que adoraba: Shadderness Court.

* * *

Seis meses más tarde, ocurrió un desgraciado accidente, del que fue víctima el segundo

«Duddy», que seguía siendo tan alborotador y juguetón como desde el día en que llegó a Shadderness Court para sustituir al que había matado Freddy Gardner. El jardinero estaba partiendo leña y uno de los troncos salió despedido con gran violencia, alcanzando a

«Duddy» de lleno en la cabeza y haciéndole caer fulminado al suelo.

El jardinero se quedó consternado, porque sabía cuánto quería la niña al perro. Primero pensó en un desvanecimiento, pero luego, al reconocer al animal, comprobó que la muerte había sido instantánea.

El buen hombre no tuvo más remedio que confesar lo ocurrido y se ofreció para pagar otro perro de su propio bolsillo. El tutor procuró tranquilizarlo, pero cuando estaban a mitad de la conversación, llegó Elsa y se enteró de lo sucedido.

Los dos hombres se quedaron muy sorprendidos de la reacción de la niña. Esperaban una explosión de llanto y, sin embargo, Elsa se quedó muy quieta, con los ojos abiertos y una cierta expresión pensativa.

—¿Es cierto que los muertos resucitan? —preguntó de repente. El tutor dio un salto en su asiento.

—Elsa, cuando una persona, o un animal, mueren, no pueden volver a revivir. Dan, el jardinero, se siente muy apenado por lo ocurrido, pero la culpa no ha sido suya.

—«Duddy» no ha muerto —dijo Elsa.

—Lo he comprobado —manifestó el jardinero—. En realidad, ese golpe habría podido matar incluso a una persona... ¡Dios Santo, me estremezco sólo de pensar que la niña podía haber estado en las inmediaciones!

De súbito, Elsa dio media vuelta y echó a correr. Alarmados, los dos hombres la siguieron, alcanzándola cuando ella llegaba junto al inmóvil cuerpo del can, que yacía cerca del lugar destinado a partir y guardar la leña que ya pronto serviría para encender Tas chimeneas de la residencia

Elsa estaba arrodillada en el suelo, con el cuerpo de «Duddy» entre sus brazos. Acariciaba la inmóvil cabeza del can con una mano, a la vez que murmuraba frases de cariño y hablaba con el animalito como si éste pudiera oírla y entenderla.

—Tú no estás muerto, «Duddy», no quiero que estés muerto... Tienes que vivir para jugar conmigo... Anda, no seas malo, no me hagas padecer, vuelve a vivir... Resucita, resucita...

El cuerpo de la bestezuela se estremeció de pronto. «Duddy» alzó la cabeza y lanzó un alegre ladrido. Elsa gritó de contento.

—Anda, vamos a jugar... ¡Ven, «Duddy», ven!

Elsa y el perro se alejaron correteando y saltando por el parque, mientras el jardinero, un devoto irlandés, se santiguaba fervorosamente.

—Estaba muerto, señor Sphyllix, estaba muerto, se lo juro... El animal no respiraba ni se sentían los latidos de su corazón...

El señor Sphyllix no contestó. Profundamente pensativo, contemplaba los juegos de Elsa y su perrito. En realidad, era algo incomprensible.

Por aquellas fecha^ dos personas entraron a formar parte del personal que trabajaba en Shadderness Court, aunque sus funciones fuesen de mayor categoría que las de los sirvientes ordinarios. Una de ellas era un ama de llaves, cuyos servicios consideró necesarios el señor Sphyllix para descargarse de algunas obligaciones domésticas, sobre todo, las impropias de un hombre.

La otra era mujer también, joven y bastante agraciada, que iba a encargarse de la educación de Elsa. El nombre de la institutriz era Annie Rawlins y el del ama de llaves, viuda, según manifestó, Deirdre Broadhurst.

CAPITULO II

Las dos muchachas se encontraron casualmente en Londres, una tarde lluviosa y desapacible, que no invitaba precisamente a pasear por las calles brillantes, pero rebosantes de humedad. Tras los primeros gestos y exclamaciones de la inevitable sorpresa causada por el encuentro, Scarlett Lawrence y Annie Rawlins decidieron entrar en un salón de té cercano.

Despojadas de los impermeables, empezaron a hablar y a contarse sus vidas. Hacía ya algunos años que no se veían y, siendo mujeres jóvenes, el ansia de hablar era lógico en ellas.

Scarlett dijo que había estado viajando por el mundo, acompañando a una vieja ricachona, que parecía querer condensar en sus últimos años de existencia todos los placeres de que no había podido disfrutar en edades más tempranas. Scarlett manifestó que los viajes la habían resultado de gran utilidad y que había tomado muchísimas notas, aparte de consumir cientos de rollos de fotografías, material que podía darle grandes resultados el día en que se decidiera a escribir un libro. En el último viaje, la viuda rica había presentido el final de sus días y añadido una manda a su testamento.

—Me ha dejado veinticinco mil libras —manifestó Scarlett—, así que ya tengo para vivir sin agobios durante tres o cuatro años.

—Eres una mujer afortunada —suspiró Annie—. Yo, en cambio, tengo que seguir trabajando para vivir, aunque tampoco puedo quejarme, ésta es la verdad. El empleo que tengo ahora es bueno, no me da demasiado trabajo y percibo anos honorarios excelentes. Teniendo en cuenta que también me dan comida y alojamiento, puede decirse que ahorro la mayor parte de mi salario.

—¿Qué haces ahora? —preguntó Scarlett.

—Estoy de institutriz para una niña y ya llevo casi un año... Oye, ¿no será por casualidad pariente tuyo? El apellido es el mismo...

—Hay muchos Lawrence en Inglaterra, Annie. Aunque si me dices dónde vive esa niña...

—En Shadderness Court, a dos millas de una aldea llamada Shaddlebell y a diez de una población algo más grande, Shrewen.

—¡Shadderness! —Exclamó Scarlett—. ¡Caramba!, la niña se llamará Elsa, supongo.

—Sí. ¿La conoces? Scarlett asintió.

—Sus padres murieron hace algo más de dos años en un terrible accidente de automóvil —manifestó—. Nadie comprende cómo pudo suceder, ya que mi primo, el padre de Elsa, era un hombre muy prudente, aparte de hábil conductor.

—De modo que el padre de Elsa era tu primo...

—Es una frase hecha. En realidad, Elsa es la prima, si bien en tercer grado. Mi padre y el de Elsa eran primos carnales, hijos de dos hermanos. Pero había veinte años de diferencia entre ambos hermanos, lo que explica las diferencias

sucesivas de edad.

—Sí, es cierto. Bien, si quieres que le diga algo a Elsa cuando regrese...

—Iré a verla un día de éstos —manifestó Scarlett—. ¿Qué tal se porta la niña? Inmediatamente, Annie dejó de sonreír.

—Elsa me preocupa —declaró.

—¿Por qué? —preguntó Scarlett, a la vez que enarcaba las cejas.

—Es muy introvertida, habla poco y parece como si estuviera siempre, bueno, casi siempre, fuera de este mundo, pensando sabe Dios en qué o elaborando en su mente fantasías que no me siento capaz de imaginar. Sin embargo, es bastante aplicada y, aunque a veces se distrae muchísimo, basta que lea la página de un libro, para que pueda recitarla sin dejarse un punto ni una coma. De todas formas, si de mí dependiese, la sacaría inmediatamente de Shadderness Court.

—¿Por qué, Annie?

—No me gusta el ambiente... Encuentro la casa lóbrega, triste... Está medio envuelta por los páramos cercanos... En invierno aúlla el viento y la lluvia golpea contra los cristales... Pienso que su tutor debería llevarla a vivir al Sur de Inglaterra... Incluso buscar un país mediterráneo, con luz, sol, calor... Mejoraría el aspecto de Elsa, te lo aseguro.

—¿Está enferma?

—Oh, no, en absoluto; gracias a Dios, es una niña que goza de una salud magnífica y que pasa los inviernos sin un solo constipado. Pero su tez blanca... A veces da la sensación de no tener una gota de sangre en las venas, ¿comprendes?

De pronto, Annie bajó la voz.

—Y todavía hay más —añadió.

Scarlett miró fijamente a su amiga. También Annie, pensó, había sido dada a las fantasías en sus tiempos. ¿Había rebrotado en ella el afán de ver cosas extrañas donde no había más que sucesos enteramente naturales...?

—Sigue, Annie, por favor.

—Bueno, hace algún tiempo, vino un tipo a casa... Un tal Johnny Readey, con todo el aspecto de un gángster, aunque bien educado, por supuesto. Readey vino a visitar al tutor de Elsa y se encerró con éste en su despacho. Yo estaba dando clase a la niña y no me preocupé más de la visita. Pero luego, aprovechando que hacía un poco de sol, salimos al parque. Elsa vio a Readey cuando se despedía y pronunció una frase que casi me aterró: «Pobre hombre, qué poco va a vivir.» Comprenderás que tuve que reprenderla, por albergar pensamientos tan morbosos, pero Elsa insistió que no había hecho más que decir la verdad. Entonces, le pregunté cómo podía saber que iba a suceder una cosa semejante, y continué diciéndole que era imposible que el señor Readey muriese, ya que era la viva estampa de la salud y la vitalidad... A decir verdad, era un sujeto extrovertido y hasta simpático y, a sus cuarenta años mal cumplidos, aparentaba casi diez menos... Pero hace cuatro días, llegó a casa la noticia de la muerte de Readey. ¡Y Elsa la había profetizado con menos de

cuatro semanas de adelanto!

—Bueno, debió ser una casualidad —sonrió Scarlett—. Posiblemente, Readey era un hombre de negocios muy activo y le falló el corazón...

—A Readey le pegaron cuatro tiros, en lo que la policía denominó como un «ajuste de cuentas».

Hubo un instante de silencio. Luego, Scarlett, lentamente, dijo:

—Tal vez Elsa oyó alguna conversación sobre el particular. ..

—No. Cuando yo le pregunté aquel mismo día sobre Readey, me dijo que era la primera vez que lo veía. Scarlett, tu prima tiene el don de la clarividencia, puede ver el porvenir y conocer el futuro de las personas. ¿Sabes?, empieza a darme miedo.

—Vamos, vamos, Annie, tranquilízate... La cosa no es para tanto. Pero si tantas aprensiones sientes, ¿te parece bien que vaya a Shadderness Court uno de estos días?

Annie hizo una mueca.

—No sé qué tal te recibirán allí. Sphyllix, el tutor, es un tipo severísimo..., aunque me imagino que también tiene sus debilidades.

—Alguna criadita —sonrió Scarlett.

—No, las dos doncellas que hay son ya maduras, lo mismo que la cocinera. En todo caso, la señora Broadhurst, el ama de llaves. Tiene unos treinta y cinco años y es guapísima...

—Annie, ¿quieres un consejo sincero?

—Sí, Scarlett.

—Mientras el ambiente o lo que ocurra en la casa no afecte visiblemente a tu alumna, no te metas en los asuntos personales de los demás.

—¡Pero si yo no digo nada...!

—Mejor que sigas así. Aplícate a tu discípula y deja que los demás vivan su vida, mientras ello, como digo, no afecte a Elsa. Y ya me acercaré uno de estos días a Shadderness Court, ya que me intriga mucho el hecho de que mí difunto tío no eligiera a uno de la familia para tutelar a Elsa. Claro que tampoco tenemos derechos legales que alegar para una revocación de la tutela, mientras ésta no sea perniciosa para la niña. Pero creo que sí, que una visita a la mansión puede resultar beneficiosa para todos.

—Entonces, te espero el próximo fin de semana —dijo Annie.

—Procuraré ir —contestó Scarlett.

Annie se levantó la primera, alegando la necesidad de hacer unas compras, antes de emprender el viaje de regreso a Shadderness Court. Scarlett quedó sola allí unos momentos.

Entonces, se le acercó un joven.

* * *

—Perdone que la aborde sin haber sido presentados, señorita, pero he oído su nombre sin querer y me parece que, en cierto modo, somos conocidos —

dijo el joven, que no tendría más allá de veintiocho años y ofrecía una apariencia sumamente agradable.

Scarlett le miró con curiosidad.

—El hecho de que no hayamos sido presentados no debe impedir que podamos hablar

—contestó amablemente—. Pero me gustaría saber en qué se basa para afirmar que somos conocidos, cuando es la primera vez que nos vemos, señor...

—Meeker-Hewlitt y el nombre es Ralph. ¿Le dice algo el segundo apellido, señorita Scarlett?

— Hewlitt... —repitió ella—. ¿No será pariente de la difunta señora Meeker-Hewlitt?

—El único familiar que tenía en este mundo, sobrino por parte de padre y heredero universal de su fortuna, por tatito.

Scarlett silbó tenuemente.

—¡Caramba...! Ah, sí, ahora recuerdo... Usted es el sobrino calavera, que tantos disgustos le daba... Sólo lo mencionó un par de veces...

—Mi difunta tía Rosalind era persona muy tendente a la exageración en todo, incluso en la figura corporal —contestó Ralph jovialmente—. Si me permite sentarme, le contaré mi versión de los hechos, señorita... No recuerdo su apellido.

—Lawrence, señor Meeker —contestó ella—. Desde luego, siéntese y le escucharé con mucho gusto.

Ralph tomó una silla y agitó la mano para llamar a la camarera. Scarlett no quiso tomar nada más. El encargó una taza de té.

—Lo que sucede es muy sencillo —dijo Ralph—. El hecho de que a un hombre le guste divertirse un poco, en ocasiones, no debe confundirse con una conducta viciosa y depravada. Lo que sucede es que yo era el único pariente de tía Rosalind y ella quería tenerme en un puño, como su esclavo o poco menos, a cambio, eso sí, de una vida plácida y sin complicaciones, pero, en el fondo, encerrado en una jaula de oro. Soy muy independiente y no acepté las propuestas de mi tía y, un buen día, acabamos por reñir completamente. Ella, a pesar de todo, me envió dinero en algunas ocasiones, aunque cesó pronto en sus envíos, porque yo se los devolví todos inmediatamente de recibidos.

—Sí, se ve que es un hombre independiente —sonrió Scarlett—. En tal caso, habrá sabido abrirse paso en la vida.

—Ciertamente —contestó Ralph—. Estudié Arte durante unos años, porqué era la cosa que más me gustaba en este mundo, y ahora soy director de una galería que ya empieza a adquirir renombre. Claro está que la fundé a base de préstamos, pero la inesperada herencia de tía Rosalind me ha servido para pagar todas las deudas y ampliar el negocio.

—Parece usted muy joven para dirigir una galería de arte...

—Oh, todo el mundo espera ver a un señor maduro, correctamente vestido,

con una flor roja en el ojal de la solapa del traje, con el pelo cuidadosamente peinado, aunque sea largo, barbita en punta, traje de terciopelo y un monóculo o unos impertinentes colgando de un cordoncito de seda negra... Pero eso sólo es una imagen tópica, que no resulta en mi caso.

—Ya, ya veo —dijo Scarlett jovialmente—. Es cierto que había oído hablar del sobrino de la señora Meeker-Hewlitt, pero no le vi el día de la lectura del testa mentó.

—Bueno, ya le he dicho que las relaciones con mi tía eran punto menos que inexistentes. Hace algún tiempo, sin embargo, me mandó llamar y me dijo que ahora comprendía mi actitud y que se enorgullecía de mis progresos. Me preguntó si necesitaba su ayuda y yo la rechacé. Ella me dijo entonces que me tendría en cuenta en su testamento..., pero falleció durante un viaje que había hecho a España, a un par de subastas interesantes. Y ésa es mi historia, señorita Lawrence, de modo que si quiere visitar un día mi galería, la consideraré como huésped distinguido entre todos.

Scarlett se echó a reír.

—Mi posición no es suficientemente próspera para comprar obras de arte —alegó.

—No le pido que venga a comprar, sino, simplemente, a recrearse con lo que tengo allí expuesto. ¿Vendrá algún día?

Ella asintió.

—Sí, iré —prometió.

CAPITULO III

«Duddy» y la niña correteaban alegremente por el parque, cuando se detuvo el coche frente a la cancela exterior. Elsa se paró para contemplar a la hermosa joven que acababa de apearse del automóvil.

—¡Hola! —Dijo la joven—. Tú eres Elsa Lawrence, ¿verdad?

—Sí, señorita... ¿Quién es usted?

—Scarlett, tu prima. Y tengo el mismo apellido, ¿Puedo pasar?

—La verja está cerrada. El señor Sphyllix no quiere que entre ningún extraño sin su permiso. Tendrá que tirar de la cadenita de la campanilla, si quiere que abran.

—Claro, claro —sonrió Scarlett—. Pero trátame de tú; a fin de cuentas, somos primas.

Además, conozco mucho a tu institutriz, la señorita Annie. ¿No está ahora en casa?

—Oh, sí, claro. Pero hoy tenía jaqueca y hemos suspendido las clases un poco antes. Oye, yo no sabía que tuviese una prima. Nadie me lo había dicho nunca antes —manifestó Elsa con su vocecilla infantil.

—Pues ya lo ves, ahora tienes delante de ti a tu prima Scarlett. ¿Es tu perro? — preguntó, al ver al can que jugueteaba con una rama seca.

—Sí, se llama «Duddy». Tenía otro, pero me lo hirió un niño malo de una pedrada y tuvieron que rematarlo. Entonces, yo deseé que el niño malo se muriese y se murió al cabo de un mes. Luego a «Duddy» le dieron un golpe en la cabeza, un tronco que se le escapó al jardinero, pero sin querer, ¿sabe?, y lo mató, pero yo quise que reviviera y revivió.

Scarlett tenía la boca abierta, estupefacta por lo que acababa de escuchar. ¿Quién, se preguntó, había metido ideas tan absurdas en la infantil mente de su primita?

Un hombre avanzaba a lo largo del sendero central y se detuvo ante la cancela. Scarlett reaccionó y dio su nombre, añadiendo:

—Soy pariente de Elsa. Haga el favor de informar al tutor de la niña de mi presencia. El jardinero abrió la puerta.

—Entre, señorita —accedió—. Ahora mismo la anunciaré al señor Sphyllix.

—Gracias. Dígale que también me llamo Lawrence.

—Bien, señorita.

«Duddy» se acercó a Scarlett y ladró con fuerza. Scarlett le pasó una mano por la cabeza. El can meneó la cola afectuosamente.

—Es un perro muy bonito, Elsa —dijo la joven.

—Tú eres también muy bonita —contestó Elsa—. ¿Te has casado ya? Scarlett enrojeció ligeramente.

—Todavía no —repuso—. Ya encontraré un día alguien que me quiera.

—No te preocupes, soltera se está muy bien. Yo lo sé, por eso te lo digo.

«Demasiado precoz, inteligencia excesivamente desarrollada para su edad. Convendría que la viera un especialista... y más todavía, le convendría salir de aquí y vivir en otro lugar menos tétrico», pensó Scarlett.

Contempló la residencia. En realidad, era una casa muy bonita, con abundante arbolado alrededor y un enorme jardín, perfectamente cuidado. Pero, recordando involuntariamente cierta frase de Ralph, una jaula de oro.

—Tú también te casarás algún día, Elsa —dijo. La niña meneó la cabeza gravemente.

—No, yo moriré muy pronto —contestó—. Y no me importa, porque así estaré con mis papás en el cielo.

Scarlett se quedó helada. ¡Por Dios!, ¿era que no había nadie capaz de limpiar ¡a mente de Elsa de tan tétricas ideas?

El jardinero avanzaba nuevamente hacia ella.

—Señorita, tenga la bondad de seguirme —invitó—. El señor Sphyllix la recibirá muy pronto.

—Ah, por cierto, soy amiga de la señorita Rawlins. Dígale que luego pasaré a visitarla.

—Bien, señorita.

Momentos después, Scarlett se hallaba en un pequeño gabinete de trabajo, adonde había sido conducida por el servicial jardinero. Un tanto nerviosa, abrió el bolso y sacó su pitillera.

Debajo de la ventana, abierta a causa del buen tiempo reinante, hablaban dos hombres. Uno de ellos era el jardinero.

El otro, supuso, debía ser el chófer. O quizá un mozo, que trabajaba como ayudante del jardinero.

El mozo parecía un espíritu burlón:

—¿Sphyllix? —dijo de pronto. Y empezó a hacer juegos de palabras con el apellido—:

¿Sphyllix o «es» Phillys? ¿Sphyllix o ex-Phyllis? Lo que quiere decir que Sphyllix es...

—¡Lo que quiere decir puedo explicárselo yo perfectamente! —sonó de pronto una voz autoritaria, de tonos chirriantes—. Señor Morrow, considérese despedido inmediatamente. Haga su equipaje y vea luego a la señora Broadhurst, quien le entregará el salario devengado hasta el día de hoy.

—Señor Sphyllix, yo no quise...

Curiosa, intrigada por lo que sucedía al pie de la ventana, Scarlett se asomó disimuladamente. El jardinero, muy serio, permanecía a un lado, mientras los otros dos hombres estaban frente a frente.

—Usted quiso decir exactamente lo que dijo —cortó Sphyllix fríamente—. Y yo he querido decir exactamente que está despedido. Nada más, señor Morrow.

El mozo parecía engallarse, abandonando súbitamente el aire humilde y contrito que había observado hasta aquellos momentos.

—Le aconsejo que rectifique su decisión, señor Sphyllix. Podría tener

consecuencias desagradables para usted...

El puño de Sphyllix, más vigoroso de lo que aparentaba a causa de su figura delgada y nada voluminosa, puso punto final anticipado a las palabras del peón. Morrow cayó de espaldas, con los pies por alto, y se quedó sin sentido.

Acto seguido, Sphyllix se encaró con el jardinero.

—Señor Haythock, encárguese de que ese deslenguado abandone la casa en cuanto esté despierto —ordenó.

—Sí, señor, pero habrá que contratar un nuevo ayudante... Yo solo no puedo. .

—Yo me ocuparé de ello, no se preocupe.

Dicho lo cual, Sphyllix giró sobre sus talones y se dirigió hacia la esquina próxima.

Scarlett presintió que el hombre iba a entrar en la casa y se retiró de la ventana.

* * *

Scarlett casi sintió miedo al verse en presencia de aquel individuo delgado y que medía casi dos metros de estatura, y en cuyo rostro huesudo brillaban unos ojos que parecían carbones encendidos. Sin embargo, su sonrisa era acogedora y llena de amabilidad al saludar a la visitante.

—Es un placer y un honor para mí conocer a un familiar de Elsa —manifestó—. ¿Le apetece un poco de jerez? ¿O prefiere algo más fuerte?

—Jerez, muchas gracias —aceptó Scarlett—. Quizá no nos hemos portado bien los Lawrence con la niña, pero mi padre sostenía la teoría de que habiendo un tutor digno y competente, designado por los difuntos padres de Elsa, nosotros no teníamos por qué entrometernos en su labor.

—Es una posición muy acertada —convino Sphyllix, a la vez que entregaba la copa a su visitante—. De modo que el parentesco con Elsa...

—Los abuelos eran hermanos y el padre de Elsa y mi padre, por tanto, primos hermanos.

—Ya. Entonces, Elsa es su prima segunda.

—Sí, en efecto.

—Señorita Lawrence, tengo entendido que ha hablado con Elsa. ¿Cómo la ha encontrado? Como tutor, me interesa conocer las opiniones ajenas, sobre todo, cuando proceden de' un miembro de la familia,

—Bien, el aspecto físico es excelente, salvo la palidez de sus facciones... A mí me parece que le convendrían algunos meses fuera de Shadderness Court, en un ambiente cálido y soleado, Italia, el sur de España... Pero usted, me supongo, contará con algún médico que le tendrá al corriente de la salud de la niña.

—Por supuesto, y el doctor Grover, que es nuestro médico, la atiende perfectamente en las escasísimas ocasiones en que cae enferma. Pero Elsa es

muy obstinada y no quiere moverse de aquí. Muchas veces, yo me la llevo de paseo por los alrededores. Antes de una hora, está pidiendo que la traiga de vuelta a casa. Es una niña dócil y amable, pero muy sensitiva, y no quiero contradecirla jamás, al menos en cosas de poca importancia.

—Lo cual es un buen sistema —aprobó Scarlett—. Pero, me parece, es muy dada a fantasías...

Sphyllix se echó a reír, mientras que, con la mano derecha, acariciaba unos anticuados lentes de pinza que colgaban de su cuello por una cinta negra.

—Seguro que le ha contado lo de Freddy Gardner y lo del perrito resucitado... ¿Por qué no le ha contado también lo de Johnny Readey?

—¿Quién es Readey? —preguntó Scarlett.

Sphyllix Sacó cigarrillos, ofreció uno a la muchacha y encendió el suyo displicentemente.

—Un antiguo conocido mío, que vino a casa, con la presuntuosa decisión de sacarme dinero mediante un chantaje. Como yo no tengo nada que ocultar en mi vida privada ni pública, le dije que se largase con viento fresco, y perdone la expresión. Readey resultó ser un bandido de marca y, a las pocas semanas, sus «amigos» le llenaron el cuerpo de plomo. Elsa dijo que iba a morir..., pero yo también lo hubiera profetizado, conociendo el género de vida al que se dedicaba aquel repulsivo sujeto.

Sphyllix hizo una corta pausa. Meneó la cabeza y prosiguió:

—Freddy Gardner arrojó una piedra al otro perro de Elsa y tuvimos que rematarlo. Los niños, ya se sabe, en ocasiones por el estilo, dicen «ojalá te mueras» y cosas así. Freddy estaba enfermo sin que nadie lo supiese y en aquellas fechas, la dolencia que padecía hizo explosión. Murió en pocas semanas, pero si habla con el doctor Grover le oirá pronunciar la palabra leucemia. Y en cuanto al perrito, simplemente, recibió un fuerte golpe en la cabeza, que le privó del sentido durante unos pocos minutos.

—Las explicaciones son perfectamente lógicas, pero, en interés de la salud mental de Elsa, ¿no cree que debieran hacer algo para quitarle esas ideas tan lúgubres de la cabeza?

Sphyllix hizo un gesto de pesar.

—Lo he intentado en numerosas ocasiones y aunque, escaso todavía, creo que empiezo a tener éxito—respondió—. Sin embargo, en todo lo demás es una niña perfectamente saludable y sólo nos resta esperar que los años transcurran. El tiempo la curará mejor que todo, y cuando ya tenga una apariencia tan agradable como su prima, nos reiremos de las pequeñas tonterías que decía en su infancia.

A Scarlett le parecieron unas palabras que sonaban un tanto a falso, aunque, discreta, no quiso objetar a un hombre que, a fin de cuentas, conocía a la pequeña Elsa mucho mejor que ella. Y, sobre todo, era su tutor legal, con cuanto significaba la palabra.

—Estoy de acuerdo con usted —manifestó—. Y ahora, si no tiene inconveniente, ¿podría visitar a la señorita Rawlins? Somos muy amigas y

estudiamos juntas en tiempos...

—No faltaría más —accedió Sphyllix benignamente—. Estamos enteramente a su disposición, señorita Lawrence.

—Muchísimas gracias.

De pronto, Sphyllix miró hacia la ventana y se puso serio.

—Quizá ha oído una discusión que se ha producido debajo de este gabinete hace unos minutos —dijo.

—Bueno, no le he prestado demasiada atención...

—Robin Morrow era un sujeto detestable, poco amigo de trabajar y, en cambio, muy amigo de charlar y criticar a la gente. Lo que dijo dé mí, simplemente, no me gustó. Tengo un apellido un poco raro, lo sé; la gente suele hacer juegos de palabras. «Es» Phyllis, dicen, como preguntándose si soy una mujer, o «ex Phyllis», como si lo hubiera sido. Soy muy susceptible a este respecto, señorita Lawrence.

—Lo encuentro muy natural, señor Sphyllix —contestó la muchacha. El tutor sonrió.

—Llamaré al ama de llaves para que la acompañe a las habitaciones de la señorita Rawlins —dijo.

La señora Broadhurst compareció a los pocos momentos. Era una mujer alta, de senos opulentos, cintura delgada y caderas bien delimitadas, por el vestido negro con vivos blancos que envolvía su atractiva figura. El pelo era negro, austeramente recogido en un gran moño, aunque los lentes con montura de oro que usaba robaban un poco de atractivo a su rostro, de severa expresión. Para un hombre soltero, como Sphyllix, la señora Broadhurst debía de resultar una tentación muy difícil de resistir, pensó Scarlett.

* * *

Annie Rawlins yacía en la cama, con una bolsa de hielo sobre la cabeza. Al ver a su amiga, hizo un esfuerzo por sonreír.

—No te esperaba, Scarlett —dijo.

—Bueno, ya mencioné la posibilidad de visitar un día a mi primita. Dime, ¿qué tal marchan las cosas por aquí?

Annie lanzó una mirada hacia la puerta.

—Estoy pensando seriamente en abandonar el empleo —manifestó.

CAPITULO IV

Scarlett sacó cigarrillos... Annie rechazó el ofrecimiento.

—Esta casa puede acabar conmigo —dijo, después de una pausa.

—¡Annie! ¿No crees que exageras un poco? —se alarmó la visitante.

—Hablo en serio. Aquí pasan cosas que no me gustan en absoluto.

—¿Matan a la gente, torturándola primero en algún subterráneo? —exclamó Scarlett jovialmente.

—No, pero esa niña... Scarlett, ¿no habría forma de sacarla de aquí?

—Bueno, Sphyllix tiene a la ley de su parte.

—Llévatela cuanto antes de aquí. Esta casa no es buena para la salud de Elsa. La visitante hizo un gesto de desagrado.

—Annie, ¿por qué no hablas claro de una vez?

—No puedo. No sé nada que pueda constituir una prueba..., pero en la aldea evitan la casa como si estuviese apestada... Mejor dicho, evitan a sus moradores. -—Annie bajó la voz—. Dicen que aquí vive una niña que mata a las personas con sólo desearlo.

—Eso es un disparate —respondió Scarlett—, Simplemente, Elsa es una niña con una inteligencia y una capacidad mentales muy superiores a las normales a su edad. Eso le confiere un poder de idear ciertas fantasías, que los demás toman por realidades. Otras niñas de su tiempo sueñan con la Cenicienta y su zapatito de cristal y el Príncipe Azul, y ella piensa en cosas macabras, eso es todo.

Annie se quitó la bolsa de la cabeza y se apoyó sobre un codo a la vez que miraba fijamente a su amiga.

—Scarlett, he hablado con Dan Haythock, el jardinero. Dan jura y perjura que el golpe del tronco que se le escapó, mató a «Duddy». El perro no respiraba ni latía su corazón. Elsa lo tomó en brazos, dijo que resucitase y el perro volvió a vivir.

—Sí, y también dijo que Freddy y Readey iban a morir y murieron... Quizá no se trata de otra cosa que cierta clarividencia y para determinados casos...

—También para ella, Scarlett.

La muchacha se quedó pensativa. Elsa lo había dicho con toda claridad: moriría muy pronto.

¿Qué había en aquella mente infantil?, se preguntó.

—Escucha una cosa —dijo—. Cuando vuelva a Londres, haré todos los posibles para que venga a visitarla un psiquiatra. ¿Te parece bien?

—A mí, sí; al que no le parecerá bien será a Sphyllix.

—¿Por qué?

—Yo se lo he sugerido en más de una ocasión y siempre se ha negado. Dice que con el doctor Grover es más que suficiente.

Scarlett entrecerró los ojos.

—Hablaré con el doctor Grover —prometió—. Pero, a ti, ¿qué te pasa?

Annie inspiró fuertemente.

—Hoy teníamos clase de matemáticas. Elsa odia los números y siempre me cuesta un trabajo enorme hacer que se concentre en una simple suma. Cuando íbamos a empezar, dijo que si yo tuviese jaqueca, ella podría ir al parque con «Duddy». Scarlett, hoy me había levantado con un maravilloso estado de salud, alegre, optimista... Antes de un cuarto de hora, estaba en la cama, con la cabeza sometida a un incesante martilleo..., como si estuviesen colocando remaches de hierro en mis propias sienes... Scarlett, tenemos que hacer algo por Elsa... ¡o Elsa acabará con todos nosotros!

Scarlett se quedó sobrecogida al escuchar aquellas dramáticas palabras, pronunciadas con una singular vehemencia, en cuyo impulso parecía latir una buena dosis de miedo. Luego recapacitó y se dijo que todo lo que le pasaba a su amiga era producto quizá del ambiente poco agradable y hasta lúgubre de Shadderness Court. Annie era mujer de excesiva sensibilidad y ello la conducía a establecer conclusiones erróneas y hasta exageradas.

—Vamos, vamos —dijo, palmeándole suavemente las manos—, no tienes por qué ponerte así. Las cosas no son como piensas. Tu jaqueca proviene de una casualidad. Por favor, no tomes las cosas tan a pecho. ¿Cómo se te ha podido ocurrir siquiera que Elsa va a acabar con todos nosotros?

Annie cerró los ojos un instante.

—Es este ambiente... A veces, me siento agobiada... Y lo curioso del caso es que quiero a la niña casi como si fuese mi hija. Y ella me quiere también, lo sé; pero posee una personalidad tremendamente acusada... Es de la clase de personas que podrían llegar a dominar al país, con sólo proponérselo. Es una niña, juega como una niña y se comporta como una niña, salvo cuando, en ocasiones, razona como una persona adulta. Excesivamente precoz, ¿comprendes?

—Hay niños así —convino Scarlett, que no dejaba de sentirse impresionada por lo que le contaba su amiga—. Y en cuanto a la visita del psiquíatra, procuraré convencer a Sphyllix. ¿Te parece bien?

Annie exhaló un largo suspiro.

—De todos modos, si esto no se arregla pronto, tendré que dejar el empleo. Podría acabar con los nervios desquiciados, Scarlett.

—Hoy estás un poco nerviosa y debes procurar calmarte. Olvida tus temores... y no te preocupes, yo hablaré con Elsa y procuraré sondearía, para ver qué hay de cierto en sus vaticinios.

De repente, sonaron unos nudillos en la puerta. Luego, ésta se abrió y surgió la rubia cabecita de la niña.

—¿Puedo pasar, señorita Annie? —Preguntó Elsa—. He venido a ver cómo se encuentra usted...

—Entra, Elsa —dijo Scarlett con afectuosa sonrisa—. La señorita Annie se encuentra mucho mejor...

Elsa se acercó a la cama y miró a la institutriz, a la vez que sonreía dulcemente.

—Yo no quería hacerle daño, señorita —manifestó—.

Lo dije sin pensar..., pero, a partir de hoy, le prometo que me esforzaré por estudiar más las matemáticas. ¿Me perdona usted?

Annie sonrió también.

—Ven, Elsa —dijo, a la vez que le tendía los brazos. Y la niña se arrojó sobre ella con toda confianza, como si se sintiese al mismo tiempo avergonzada de haber realizado una mala acción.

—Procuraré que no tenga más dolores de cabeza, señorita —dijo la niña—. Hoy..., bueno, quería jugar con «Buddy» y tenía ganas de pasear por el páramo...

—Pero, Elsa, eso es peligroso —exclamó Annie—. Podrías perderte.

—Oh, no, yo nunca puedo perderme. Aunque me vaya muy lejos, siempre encuentro el camino de vuelta.

Annie y Scarlett cambiaron una mirada. La primera había vuelto a ponerse pálida. Elsa se incorporó de pronto.

—¿Verdad que ya no tiene jaqueca, señorita Annie? —exclamó.

—No, ya se me ha pasado...

—Me alegro muchísimo. Ahora me iré a jugar un rato, pero mañana, lo primero que haremos será dar la ciase de matemáticas. —Elsa se volvió hacia su prima—. ¿Te quedas esta noche aquí, Scarlett?

—Pues... —dijo la aludida, un tanto perpleja.

—No te preocupes, se lo diré a mi tutor y ordenará que te preparen una habitación.

¡Hasta luego a las dos!

Elsa echó a correr y salió de la habitación como un torbellino, convertida repentinamente en una niña alegre, revoltosa y llena de vitalidad. No tardaron en oírse sus gritos de júbilo en la explanada, unidos a los ladridos del perro.

—Es fantástico —dijo Annie—. De repente, se me ha quitado el dolor de cabeza...

—Suele suceder —dijo Scarlett—. Dime, ¿es cierto que una persona se puede perder en el páramo?

—¡Ya lo creo! A mí estuvo a punto de sucederme... Aún no sé cómo encontré el camino de regreso, Hacía un día excepcionalmente bueno y sentía muchos deseos de pasear, pero me distraje y cuando quise darme cuenta, estaba en un sitio donde no se divisaba un solo edificio ni había el menor signo de vida humana. Menos mal que, a última hora, cuando ya estaba cansada de dar vueltas, se me ocurrió pensar en la posición del so! para orientarme. Si hubiese estado nublado el cielo, no sé qué habría pasado...

—Y Elsa dice que siempre sabe encontrar el camino.

—Como lo encontró el día en que se fugó del internado.

Annie explicó a su amiga lo ocurrido. El relato hizo que Scarlett volviera a sentirse muy impresionada y se reafirmara en sus primitivos propósitos de hacer "que Elsa fuese examinada por un psiquiatra.

Momentos después, se separaba de su amiga. En el vestíbulo, se encontró

con Sphyllix.

—Si lo desea, puede quedarse esta noche, señorita Lawrence —dijo el tutor—. Londres queda un poco lejos y quizá no tenga muchos deseos de hacer el viaje de vuelta en el mismo día.

—Agradezco su hospitalidad, señor Sphyllix —contestó la joven—. Sí, me quedaré, puesto que incluso la misma Elsa me lo ha sugerido. Pero, ahora, si no tiene inconveniente, yo querría hacerle a usted otra sugerencia.

—Desde luego —accedió Sphyllix—. ¿De qué se trata?

—Tal vez piensa usted que esto sea una intolerable intrusión en sus funciones de tutor, pero creo que sería conveniente que Elsa fuese examinada por un psiquiatra...

Repentinamente, estalló una fuerte carcajada. Scarlett miró asombrada al individuo que tenía frente a sí y que parecía presa de un acceso de irreprimible hilaridad.

—Un psiquiatra... —repitió Sphyllix—. Por favor, señorita... Elsa es una niña que goza de una salud envidiable. Tiene mucha imaginación, lo que la conduce a idear cosas fantásticas, demasiado fantásticas... Ya le he dicho que confío plenamente en el doctor Grover y que no hay motivos para someter a Elsa a una serie de exámenes que quizá, pretendiendo sanarla, podrían producir el efecto contrario. No, señorita Lawrence, el psiquiatra es el último medio a que recurriré y sólo lo haré si el doctor Grover me lo aconseja.

—Está bien —dijo Scarlett—. Le ruego dispense mi oficiosidad. A fin de cuentas, usted lleva años con Elsa y la conoce mucho mejor que yo.

—De eso no hay duda —contestó Sphyllix con firme acento—. Y ahora, ¿le apetece una copa de jerez? ¿O prefiere oporto?

—Oporto, muchas gracias.

—Lo tomaremos en la biblioteca. Venga conmigo, por favor.

La señora Broadhurst apareció en aquel momento, cruzando el vestíbulo en sentido diagonal. Sphyllix llamó su atención.

—¿Deirdre?

El ama de llaves se detuvo en el acto.

—¿Señor?

—La señorita Lawrence será huésped de la casa por esta noche. Tenga la bondad de prepararle una habitación, señora Broadhurst.

—Bien, señor.

Scarlett y el tutor tomaron una copa juntos. Luego, él se despidió, con la excusa de un trabajo que debía realizar ineludiblemente.

La joven se quedó sola. Al cabo de unos minutos, abandonó la biblioteca y salió al jardín.

Elsa jugaba con «Duddy» en la escalinata que conducía a la gran terraza que había ante la fachada principal del edificio. Scarlett anduvo lentamente y se sentó en uno de los peldaños junto a la niña. El perro acudió a su lado, dócil y cariñoso, y ella le acarició la cabeza.

—Dijiste antes que ibas a pasear por el páramo, Elsa —le recordó la joven.

—Estoy esperando al señor Morrow para decirle adiós. Mi tutor lo ha despedido.

—Y tú le aprecias...

—Siempre se portó bien conmigo, pero si el señor Sphyllix dice que debe marcharse, hay que obedecerle.

Un hombre cruzaba el jardín en aquel, momento, cargado con una maleta. Elsa se levantó y corrió hacia él. Robin Morrow estrechó la mano que la niña le tendía gravemente. Morrow y Elsa hablaron muy poco y luego ella regresó junto a su prima.

—Pobre señor Morrow —dijo Elsa con voz enseñadora—. Se va a morir muy pronto... Scarlett se quedó helada.

—¡Por Dios, Elsa —exclamó sin poder contenerse—, no digas esas cosas!

—¡Pero si es verdad! —Contestó la niña con una expresión de absoluta ingenuidad en su hermoso rostro—. Yo no querría que pasara eso, pero el señor Morrow se va a morir...

En aquel momento, íntimamente, pero con más firmeza que nunca, Scarlett se formó el propósito de hacer que su prima fuese examinada por un psiquiatra, costase lo que costase y, aunque fuese en contra de la voluntad del tutor.

* * *

—Tú estás loca —dijo el señor Lawrence dos días más tarde, mientras cargaba su pipa junto a la chimenea y su esposa, la madre de Scarlett, tejía sentada en un sillón contiguo—, No puedes hacer eso, no tienes ninguna autoridad sobre Elsa.

—Pero somos sus parientes, ¿no? —Dijo la joven que, atribulada, se había ido directamente a casa de sus padres desde Shadderness Court, a fin de relatarles lo sucedido—. Tenemos algún derecho...

—Ninguno, a menos que se demuestre que el tutor desempeña su cargo infielmente y con perjuicios y quebrantos para su pupila. ¿Está mal atendida Elsa? ¿La maltratan? ¿Se aprovecha de la herencia que administra en beneficio propio? No, ¿verdad? Entonces, no podemos hacer nada, hija.

—Pero, papá..., las cosas que dice Elsa son verdaderamente horribles... Y algunas de sus profecías se realizaron...

El señor Lawrence movió la cabeza.

—No, no me convencerás, Scarlett —dijo, a la vez que se inclinaba para encender una astilla en el fuego—. Tú también eras muy fantasiosa y contabas historias tan absurdas y disparatadas, que resultaban imposibles de creer. Recuerdo que una vez estuviste mucho rato fuera de casa y cuando, alarmados, nos disponíamos a salir en tu busca, apareciste contando un cuento fabuloso. Un hombre se te había llevado contigo y eso nos hizo sentirnos muy desgraciados por unos momentos, hasta que dijiste que montaba un caballo blanco, empenachado, y que él vestía una armadura azul y llevaba una lanza y

un escudo de oro... ¡Vamos, tu príncipe azul! —rió el señor Lawrence, después de las primeras bocanadas de humo.

—Ahora no se trata de un príncipe azul montado en su caballo blanco, sino de algo mucho peor, papá —insistió Scarlett tercamente—. Elsa no está bien, no es natural que una niña piense continuamente en la muerte, que en todo momento esté ideando cosas llenas de morbosidad...

—Hija, tu padre tiene razón —intervino la señora Lawrence, sin abandonar el movimiento de las agujas—. No podemos hacer nada. Elsa crecerá, se hará una mujer y dejará de albergar ideas enfermizas. Además, si hiciésemos algo, podrían pensar que buscamos aprovecharnos de su fortuna. Nuestras relaciones con sus padres fueron muy superficiales, apenas existentes, mejor dicho; y ahora no podemos aparecer por Shadderness Court, pretendiendo hacernos cargo de la educación de una niña, de la que hasta ahora no nos hemos preocupado en absoluto. Y por si estas palabras no te convencen, piensa en el hecho de que ni siquiera fuimos mencionados en el testamento de nuestro primo.

—Así es, Scarlett —añadió el señor Lawrence—. Mi primo Richard podía habernos nombrado tutores de su hija, pero no lo hizo así y sus razones tendría. Después de muerto, no vamos a rebatir lo que él dejó escrito bien claro, ¿comprendes?

Scarlett se quedó pensativa unos momentos.

Luego exclamó:

—Pero ¿no resulta extraño que en su testamento dejase ya nombrado un tutor? Lo corriente es que el que otorga testamento nombre uno o varios albaceas que se encargan de cumplir la última voluntad del legatario y que éstos sean los que nombren el tutor. Puede aceptarse en el caso de que el testador sepa con anticipación que va a morir, cuando, por ejemplo, padece una enfermedad que sabe es incurable y sólo le permitirá unos meses de vida. Entonces, con plena lucidez, puede designar al tutor de su hija..., pero los padres de Elsa murieron súbitamente, en un accidente de automóvil. ¡Incluso me parece extraño que tío Richard hubiese otorgado testamento!

—Pues así fue y no hay que darle más vueltas, hija —contestó el señor Lawrence.

—Será así, pero yo no pienso quedarme cruzada de brazos. De un modo u otro, conseguiré que un psiquiatra examine a Elsa —declaró Scarlett con singular vehemencia.

CAPITULO V

Scarlett se detuvo ante el cuadro y lo contempló durante unos minutos con ojo crítico.

De pronto, oyó una voz masculina a su derecha:

—¿Le gusta? Ella se volvió.

—Es precioso —sonrió—. Pero el precio resulta tan inalcanzable para mis posibilidades como el Everest para mis pies.

Ralph se echó a reír.

—Tengo cuadros de precio inferior y quizá aún más bonitos...

—En éste, la firma es lo que vale, más que el tema —contestó Scarlett.

—Eso sí es cierto. De todas formas, no me importa que no compre; me basta con verla aquí, en mi galería.

—Gracias. ¿Marcha bien el negocio?

—Se nota un poco la crisis, pero me defiendo. Y, realmente, no lo hago tanto por ganarme la vida, como por hacer algo que me gusta.

—Eso es lo que vale de todo —dijo Scarlett. Alguien se acercó en aquel momento a Ralph y se lo llevó apotra sala de la galería. Pero el joven volvió a reunirse con Scarlett minutos más tarde.

—Ya no tardaré mucho en cerrar —manifestó—. A menos que no tenga un compromiso anterior, me gustaría invitarla a cenar. ¿Qué me contesta usted?

—Acepto encantada —dijo ella.

La cena resaltó muy agradable. Cuando estaban terminando, un hombre todavía joven, de unos cuarenta años, con algunas canas en las sienes, se acercó a la mesa ocupada por Ralph y Scarlett. Ralph se lo presentó a la joven como el doctor Hanlon, psiquiatra de gran reputación, según dijo. Russell P. Hanlon tenía gran interés por uno de los cuadros de la galería de arte y según manifestó, trataba de conseguir una rebaja en el precio original.

—Bueno, si tanto te interesa, ven a verme mañana y hablaremos, Russ —dijo Ralph.

—Estaré a las once en tu despacho —prometió el psiquiatra. Y, repentinamente, Scarlett alzó la mano—. ¿Señorita? —dijo, cortés.

—Doctor, yo querría hacerle unas preguntas..., pero me temo que éste no es el lugar adecuado...

—Russ, si quieres esa rebaja, atiende a mi amiga aquí y ahora mismo —pidió Ralph, riendo.

—Pero el doctor ha venido acompañado —objetó ella.

—Oh, estoy con mi esposa... ¿Por qué no nos sentamos todos en la misma mesa? — propuso Hanlon.

La proposición fue aceptada de inmediato. Después de los primeros saludos —Scarlett encontró muy guapa y simpática a la señora Hanlon—, la muchacha entró en materia y contó todo cuanto sabía de su prima Elsa.

Al terminar, Ralph se sentía tan asombrado como su amigo el psiquiatra.

—Pero, eso es fantástico... —dijo Ralph.

—Un caso verdaderamente notable —calificó Hanlon—. ¿Por qué no trae a la niña a mi consulta?

—Su tutor no quiere ni oír hablar de psiquiatras —contestó Scarlett.

—Eso es absurdo. La ley podría obligarle a que se cuidase del aspecto psíquico de su pupila. La niña podría enloquecer de un modo irreversible y, entonces, a él se le acusaría de malos tratos y de conducta infiel...

—Lo siento, pero no podemos hacer nada en ese sentido. Ralph se pellizcó el labio inferior.

—Es un caso verdaderamente notable —dijo—. ¿Cómo puede esa niña saber que una determinada persona va a morir? Russ, ¿crees que posee poderes sobrenaturales?

—La experiencia rae ha enseñado a no rechazar hechos que parecen producirse por el influjo de fuerzas que no están al alcance de nuestra comprensión —respondió el doctor Hanlon—. Pero, realmente, el tutor está en su derecho de prohibir la visita de un psiquiatra, si el estado físico de la niña es absolutamente normal y sólo concibe lo que llamamos fantasías enfermizas. Señorita Lawrence, ¿sabe si su prima duerme bien? ¿Tiene pesadillas con frecuencia? ¿Se despierta a media noche, gritando aterrorizada?

Scarlett meneó la cabeza.

—No. Duerme como duermen los niños a su edad: de un tirón. Es durante el día cuando tiene esas visiones premonitorias... que luego se realizan inexorablemente. Por lo menos, en dos casos.

De pronto, Hanlon hizo un gesto con la mano.

—Esperen, creo que tengo la solución —dijo—. Yo no puedo hacerlo y menos en el momento actual, en que estoy agobiado de trabajo. Por supuesto, si trajesen a Elsa, haría un hueco en mi agenda..., incluso la examinaría a deshoras, pero, francamente, no puedo desplazarme tan lejos. Ahora bien, conozco a un psiquiatra joven, muy bueno, a pesar de que prácticamente empieza la carrera... Pero él sí podría ir durante un tiempo a Shadderness Court.

—¿Como huésped? —Objetó Scarlett—. ¿Qué podríamos inventar para que Sphyllix lo aceptase?

—No hablo de que vaya como huésped, sino como peón o mozo de jardinería o chófer... Ese puesto está vacante ahora, creo.

—Quizá lo han cubierto ya.

—Es preciso intentarlo, ya que es la única solución que tenemos, señorita Lawrence.

—Si él accede..., pero eso costaría dinero...

—De la cuestión económica me encargo yo —proclamó.

—Además —dijo Hanlon—, si mi amigo el doctor Long acepta, cobrará un sueldo, ¿no?

—¿Se llama Long? —preguntó Scarlett.

—Harry Long, tiene treinta años y es soltero.

Después de la cena, Ralph acompañó a la muchacha hasta su casa.

—¿Tanto le preocupa su prima? —preguntó, mientras conducía el automóvil en la noche londinense.

—Es algo que no se puede definir con palabras —respondió Scarlett—. ¿Qué pensaría usted de una niña que, para no tener que dar la clase de matemáticas provoca un espantoso dolor de cabeza a su profesora, hasta el punto de obligarla a guardar cama? Y yo vi lo que siguió, lo cual significa que no me lo ha contado nadie ni es una fantasía mía.

Elsa vino a pedir perdón a mi amiga Annie y le dijo que ya no tendría más dolores de cabeza y la jaqueca cesó instantáneamente. ¿Tiene eso alguna explicación congruente?

—Para nuestras modestas mentes, no la tiene, a menos que pensemos en las facultades sobrenaturales de la niña. Hay cosas que no lograremos entender jamás, por muchos años que vivamos. Solemos burlarnos de ciertos hechos, pero es porque nos sentimos incapaces de penetrar en lo más íntimo de la fuerza que los produce o en la mente de la persona que los realiza. Pero, en cierto modo, Elsa tiene hoy una gran ventaja.

—¿Sí?

—La medicina moderna, me refiero a la rama de la psiquiatría, empieza ya a no rechazar hechos que no tienen explicación racional y lógica: casos indubitables de telepatía, las mismas sensaciones que experimentan ciertas clases de hermanos gemelos, dolor y placer o pena y alegría, aunque estén separados por cientos o miles de millas de distancia... Esas cosas han existido siempre, lo que pasa es que ahora tratamos de comprender a quienes las padecen o a quienes tienen esas facultades... mientras que, antiguamente, acababan en la hoguera, acusados de brujería.

—Es cierto —convino la muchacha—. Elsa posee una mente excepcional, pero... ¿puede hacer que muera una persona que le resulte antipática?

—Al menos lo profetiza. Scarlett se estremeció.

—Prefiero ser una persona normal —dijo—. No me gustaría ir por ahí mirando a la gente y pensar: «Este morirá mañana, esa mujer morirá la semana próxima...» Debe de ser horrible, ¿no le parece?

—Bueno —sonrió Ralph—, el doctor Long hará todos los posibles por averiguar qué es lo que realmente le sucede a Elsa y acabará por sanarla, con la inapreciable ayuda de mi amigo Hanlon.

—Ojalá sea como dice —deseó Scarlett fervientemente—. No sé por qué, creo que no había visto a Elsa más de una o dos veces en mi vida, pero ahora siento un gran afecto hacia ella y me gustaría que se convirtiese en una niña enteramente normal. Si ha de tener fantasías, que sean como las mías a su edad.

—¿Puedo saber cuáles eran sus fantasías a los seis años, Scarlett? —preguntó Ralph jovialmente.

—Oh, sí... El gallardo príncipe, con armadura azul y lanza y escudo de oro,

y su caballo blanco empenachado... y yo a la grupa, cabalgando ambos hacia el castillo de la Eterna Felicidad...

Ralph se echó a reír.

—Hoy los príncipes azules usan «Rolls» y «Cadillacs» y tienen mansiones que no parecen castillos y ningún hada madrina les llena la bolsa de buenas monedas de oro, sino que su fortuna viene de pozos petrolíferos y tonterías por el estilo. Pero, volviendo al tema, ¿por qué no ha de querer Sphyllix que Elsa sea examinada por un psiquiatra?

—A mí también me gustaría saberlo..., aunque a veces he pensado... Bueno, Dios me perdone por ser tan suspicaz..,, pero Elsa quedó heredera de una gran fortuna al morir sus padres.

Ralph frunció el ceño.

—Podría ser una posibilidad —dijo, al comprender el significado de aquella respuesta—. ¿De dónde ha salido ese tutor?

Scarlett enseñó las vacías palmas de sus manos.

—No tengo la menor idea —respondió.

—Sería cosa de hacer investigaciones, discretas, por supuesto. ¿Me permite que yo me encargue de esta parte del asunto?

—Oh, pero eso puede costarle mucho dinero...

—No será tanto como piensa y, además, lo haré con mucho gusto, teniendo en cuenta también que dispongo de buenos amigos que pueden ayudarme sin que me cueste un penique.

—Está bien —accedió ella—. Y, por mi parte, yo haré lo que pueda,

—¿Tiene alguna idea?

—No, salvo volver a Shadderness Court dentro de cierto tiempo. Regresar ahora, cuando prácticamente acabo de volver, podría inspirar sospechas a Sphyllix.

—Además —finalizó Ralph—, debe permitir al doctor Long que haga sus investigaciones y empiece a obtener conclusiones, que nos conduzcan a la solución de este enigma.

Era una propuesta muy sensata, reconoció Scarlett en su fuero interno. Y, al despedirse de Ralph, se sintió mucho más aliviada y confió en que un día pudiera lograr convertir a Elsa en una niña enteramente normal, con la mente limpia dé ideas morbosas.

* * *

Varios días más tarde, Ralph llamó a Scarlett y le pidió que acudiese a su despacho.

—Iría yo, pero me es imposible —manifestó el joven—. La reunión se celebrará a una hora un tanto desusada, después de cerrar al público, esto es a las ocho de la tarde. Habrá bocadillos, cerveza y té. ¿Le parece bien?

—Sí, desde luego —accedió la joven.

Cuando se disponía a salir de su casa, Scarlett encontró una carta en el

buzón. Por la dirección del remitente, supo que estaba escrita por su amiga Annie. Llena de curiosidad, rasgó el sobre y extrajo de su interior la misiva, que leyó en el mismo portal.

Al terminar, creyó que se desmayaba.

Uno de los párrafos de la carta era terrible:

«...Apareció sentado en el suelo, con la espalda apoyada en una tapia baja de piedra... El doctor Grover certificó que la defunción de Robin Morrow se debía a un paro cardíaco...»

CAPITULO VI

Con cierta extrañeza por parte de Scarlett, figuraban dos hombres en la reunión, además de Ralph, y a quien éste presentó como oficiales de Scotland Yard. Scarlett supo muy pronto los motivos de la asistencia de los dos policías, el inspector Thomas Ryan y el detective Bill Jaspers.

—Ambos están aquí a título particular —explicó Ralph, tras los primeros saludos—. Pero Tom y yo somos buenos amigos y él se ha sentido particularmente interesado en este asunto, a causa de algo que él mismo le dirá.

—Así es, señorita Lawrence —manifestó Ryan—. El amigo Ralph me ha contado algunas de las cosas que suceden en Shadderness Court y una de ellas, muy particularmente, ha llamado mi atención de un modo extraordinario.

—Todo lo que sucede allí es extraordinario —dijo Scarlett.

—Sí, pero algunas de las cosas pueden tener explicación absolutamente razonable, sin necesidad de pensar en poderes sobrenaturales.

—¿De veras, inspector?

—La muerte de Johnny Readey es absolutamente explicable. Cuando a uno le meten cuatro balas en el cuerpo, no hay que invocar a las fuerzas de la mente, salvo la del hombre que ordenó cometer ese asesinato. Eso no tiene nada de sobrenatural ni de misterioso.

—Pero Elsa lo predijo...

—Admito que lo vaticinase —contestó Ryan—. Sin embargo, cabe la posibilidad de que viera u oyera algo que le hizo conocer con antelación la muerte de Readey.

—No entiendo... ¿Qué podía saber ella de un gángster notorio?

—Aguarde un momento, señorita. Por lo visto, Readey quiso hacer un chantaje al tutor de Elsa.

—Sí, él mismo lo confesó. No lo ocultó siquiera y me dijo, además, que no había nada vergonzoso en su vida que le hiciese ceder a las pretensiones de un sujeto sin escrúpulos.

—Bien, eso es lo que dijo Sphyllix, pero no tenemos medios de comprobar la verdad de sus manifestaciones. Ahora bien, el hecho de que tuviese ciertas relaciones con Readey, lo convierte en sospechoso a los ojos de la ley y ello sin necesidad de relacionarlo con las facultades parapsicológicas de su prima.

—Es decir, usted cree que Sphyllix tiene un pasado turbulento,..

—Muy posiblemente, y por ello procuraré investigar, aunque sea indirectamente y de un modo privado, ya que sin tener la certeza de que Sphyllix ha cometido un delito, no puedo iniciar una investigación oficial.

—Ahora ya entiendo —dijo Scarlett—. Pero, por lo que yo sé, es un hombre absolutamente irreprochable...

Ryan hizo un gesto de escepticismo.

—Los hombres absolutamente irreprochables no se relacionan con gangsters —adujo Ryan—. Puede ser qué, eventualmente, un hombre decente conozca o sea conocido de un rufián, pero lo normal es que no suceda así ni mucho menos que sostenga con él una violenta discusión, como parece ocurrió entre Sphyllix y Readey. Por tanto, conviene saber quién es realmente Sphyllix.

—Quizá no haya medios...

—Los hay —afirmó Ryan—. Y aquí es donde interviene el amigo Bill Jaspers. ¿Bill?

El otro policía se situó frente a un caballete, sobre el que, apoyadas en un tablero, al cual estaban sujetas con chinchetas, había varias hojas de papel, de gran tamaño.

—Señorita Lawrence, Bill Jaspers es uno de los mejores dibujantes del Yard. Usted habrá oído hablar sin duda del procedimiento del «retrato-robot», ¿no es así? —dijo Ryan.

Scarlett comprendió en el acto.

—Sí, inspector.

* * *

Media hora más tarde, Ryan hizo un gesto negativo.

—Esa cara no me «suena» —dijo—. ¿Y a ti, Bill?

—Tampoco, aunque podemos examinar los archivos fotográficos —respondió Jaspers.

—Así lo haremos. Y ahora, Ralph, ¿qué hay de esa cena fría que nos habías prometido?

—Que cada uno se sirve según la capacidad de su estómago —exclamó alegremente.

Scarlett se levantó. Mientras ponía en su plato algunos fiambres, Ryan, a su lado, volvió a mencionar el tema.

—Insisto en que la niña tuvo que oír forzosamente algo sobre la muerte de Readey — dijo—. Si Sphyllix temía que Readey le perjudicase en algo y tenía en Londres ciertos contactos, muy bien pudo «contratar» su -asesinato, sobre todo, teniendo en cuenta que aún no hemos podido dar con el autor de los disparos.

—Admito tal posibilidad, pero sólo en el caso de Readey —dijo Scarlett.

—Los demás fueron simples casualidades —exclamó Ralph.

—No —contestó la joven con sombrío acento. De pronto, se dio cuenta de que no tenía apetito y dejó el plato a un lado—. Se lo escuché yo en persona, o sea que no me lo ha contado nadie. Elsa anunció que Morrow iba a morir muy pronto, aunque ella no lo quería así, puesto que le apreciaba muchísimo.

—Y, naturalmente, el señor Morrow, simple mozo de labranza, joven y robusto, debe de gozar de una salud a prueba de bombas.

—Robin Morrow ha muerto.

Un helado silencio descendió sobre la estancia. Ralph iba a llevarse a los labios una copa de vino y suspendió el gesto a mitad de camino, quedándose convertido momentáneamente en una estatua. Ryan y Jaspers lanzaron sendas exclamaciones.

Scarlett buscó su bolso y sacó la carta que había recibido aquel mismo día.

—Lean, por favor.

Ralph pasó la vista por los renglones escritos, lo mismo que Ryan.

—¡Pero fue un ataque cardíaco! —exclamó el policía.

—Ella lo predijo —insistió Scarlett.

—No lo comprendo —murmuró Ralph—. Esa niña...

—Esa niña puede convertirse en un pequeño monstruo —exclamó Scarlett apasionadamente—. Tenemos que hacer algo para sacarla de Shadderness Court. Creo que es la única solución, apartarla de aquel ambiente nefasto y llevarla a otro sitio, donde pueda olvidar esas ideas tan morbosas.

Ralph meneó la cabeza.

—Ningún juez revocaría la tutela, a menos que se probase concluyentemente que Sphyllix es un delincuente o que malversa los bienes de la niña. Por ahora, creo, la ley está de su parte, ¿no es así, Tom?

El inspector hizo un gesto de aquiescencia.

—Si el peso de la ley se pudiese medir como se miden o se pesan los alimentos que compramos en el mercado, no tendríamos entonces ni un solo gramo en el que apoyar una solicitud de revocación de la tutela.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —dijo Scarlett, al borde de la exasperación. Ralph apoyó una mano en su brazo, a la vez que la miraba con simpatía.

—Esperar —dijo—. Harry Long ha conseguido el empleo en Shadderness Court y pronto nos comunicará noticias sobre el estado mental de Elsa.

—Y yo me preocuparé de averiguar quién es en realidad ese sujeto que usa el pomposo nombre de Quintas César Sphyllix —prometió el inspector Ryan.

* * *

Con las manos a la espalda, Elsa contemplaba atentamente los trabajos que el doctor Long, convertido accidentalmente en ayudante de jardinero, realizaba en el parque, justo al pie de un enorme cedro de más de veinte metros de altura.

—Tenga cuidado con esa rama, Harry —advirtió la niña.

Long no había notado su presencia y se volvió al oír la voz infantil.

—Hola, Elsa —dijo—. ¿Cuál es la rama con la que he de tener cuidado? —preguntó.

—Esa misma, justo la que tiene usted sobre su cabeza. Está podrida y puede romperse en cualquier momento.

Long alzó la cabeza y contempló la rama.

—A mí me parece que está bien —dijo.

—Está podrida por dentro, aunque no se ve desde afuera.

Aquellas palabras atrajeron la atención del psiquiatra que era en realidad Harry Long.

—Yo la veo bien, normal... —insistió—. ¿Acaso tú puedes ver a través de la corteza?

—Está podrida por dentro —repitió Elsa.

Muy impresionado, Long dio un par de pasos hacia atrás y contempló la rama. De súbito, se oyó un fuerte crujido.

La rama, que por sus dimensiones parecía un árbol de buen tamaño, cayó al suelo con tremendo estrépito. Long sintió un escalofrío al pensar que aquel tronco tan pesado, podía haberle roto el cráneo como si hubiese sido una cáscara de nuez.

—Elsa, me has salvado la vida —dijo.

—Usted no me creyó, ¿verdad?

Long dudó un momento. Luego se arrodilló frente a la niña y la miró directamente a la cara.

—Elsa, dime, ¿tú puedes adivinar lo que les va a pasar a las personas? —preguntó.

—A veces sí...

—¿Lo ves con los ojos de la cara o de un modo que se te representa en el interior de tu cabeza?

—No sé. Lo veo y ya está.

—¿Viste «por dentro» la rama?

—Vi que estaba podrida, no sé más.

Long se pasó una mano por la cara. Aquella niña, se dijo, era clarividente por propia naturaleza. Ella podía predecir determinados acontecimientos, sin definir cómo se producía el fenómeno en el interior de su mente. «Lo sabe... como yo sé caminar sin mirar al suelo constantemente», pensó.

Forzó una sonrisa. No convenía presionar más a la niña, se dijo.

—Gracias, Elsa —dijo—. Lo recordaré toda la vida.

La voz de Sphyllix sonó chirriante en aquel momento.

—¡Harry!

El doctor Long se puso inmediatamente en pie.

—¿Señor?

—Deje a la niña. No quiero que hable con ella más de lo estrictamente necesario.

Usted tiene aquí un trabajo que realizar y eso es lo que debe preocuparle.

—Esa rama estaba podrida y se cayó —respondió Long, a la vez que extendía el brazo—

. Sólo le preguntaba a Elsa si el ruido la había asustado.

—Es verdad, señor Sphyllix —dijo la niña. El tutor apretó los labios.

—Vuelve a casa, Elsa —ordenó.

—No quiero —respondió Elsa con sorprendente rebeldía—. Ahora voy a jugar con «Duddy»... ¡«Duddy», bonito! ¿Dónde estás? ¡«Duddy»,

«Duddy»...!

El can ladró en las inmediaciones y Elsa echó a correr. Long, mentalmente, agradeció a la niña que hubiese corroborado su mentira. Por fortuna, Sphyllix no había visto el guiño de complicidad que Elsa le había hecho, con gesto de infantil malicia.

—Voy a buscar el hacha, para trocear la rama y tener leña para la chimenea —dijo Long.

Repentinamente, se oyó un agudo grito.

Los dos hombres volvieron la cabeza instantáneamente. Elsa, caída en el suelo, gritaba y gemía lastimeramente, mientras el perro lamía su rostro, como si quisiera aliviar el dolor que sentía su amita.

Sphyllix y Long echaron a correr, pero el psiquiatra, más joven, llegó antes y se arrodilló junto a la niña.

—¡Elsa! ¿Qué te sucede? —exclamó.

—El brazo... Me duele muchísimo...

Long, médico a fin de cuentas, tanteó el brazo izquierdo con la mano.

—Está fracturado, señor —dijo.

—¿Cómo puede saberlo usted? —preguntó Sphyllix despectivamente.

—Trabajé algunos años en un campamento de leñadores, en el Canadá —mintió Long-. En esos sitios, se adquiere experiencia en fracturas de huesos. Habrá que avisar a un médico...

El habría podido reducir perfectamente la fractura, pero si lo hacía, su verdadera personalidad quedaría desvelada, con el consiguiente perjuicio para Elsa. Levantándola en brazos con gran cuidado, empezó a caminar hacia la casa.

Annie, atraída por los gritos, salía corriendo, lo mismo que el ama de llaves. Sphyllix adelantó unos pasos.

—Señora Broadhurst, vaya a buscar al doctor Grover. Creo que Elsa se ha fracturado un brazo.

—No..., no lo haga.. —Dijo la niña—. Me curaré pronto...

—Vaya, señora Broadhurst —insistió el tutor.

—Está bien.

Annie se acercó a Long.

—Sígame, por favor; le indicaré el cuarto de Elsa.

Momentos después, Elsa quedaba en su cama, bien abrigada y con el brazo a lo largo del cuerpo.

—Procure que no lo mueva y dele un calmante si tiene a mano —aconsejó Long.

—De acuerdo —contestó Annie, un tanto sorprendida del aire de autoridad que emanaba de la voz del peón.

—Les repito que no será necesario que venga el doctor Grover —dijo Elsa —. Voy a curarme muy pronto.

Annie cambió una mirada con Long.

—Es una niña muy valerosa —sonrió.

—No me cabe la menor duda —respondió el psiquiatra.

Annie Rawlins no conocía su verdadera identidad. Scarlett no se lo había dicho y Long, aunque conocía la amistad existente entre las dos jóvenes, había juzgado prudente no decir nada por el momento, a fin de evitar un posible paso en falso de la institutriz. Por otra parte, Elsa no daba la sensación de sufrir grandes dolores, de modo que 1o mejor era dejarla en compañía de Annie, que la consolaría y animaría hasta la llegada del doctor Grover.

El doctor Grover llegó antes de media hora, con un maletín en el que traía todo lo necesario para el escayolado del miembro fracturado. Cuando entró en la habitación, Elsa dormía profundamente.

—Bueno, vamos a ver a esta muchachita...

—Le he dado un calmante, doctor —dijo Annie.

—Ha hecho bien, señorita Rawlins.

Grover se quitó la chaqueta y se subió las mangas de la camisa. Luego tanteó el brazo con dedos hábiles y expertos.

—Pero ¿qué diablos...? —exclamó de pronto.

—¿Sucede algo, doctor? —preguntó Sphyllix desde la puerta. Grover se incorporó en el acto.

—¿Por qué me hacen venir con tanta urgencia, obligándome a abandonar a la señora Mac Caine, a punto de traer dos gemelos al mundo? ¡Elsa tiene el brazo completamente sano!

—Bueno, el ayudante del jardinero dijo que lo tenía roto...

—¿Qué puede entender de huesos rotos un ignorante peón? —Grover empezó a bajarse las mangas de la camisa—. Elsa tiene el brazo tan sano como podamos tenerlo cualquiera de los presentes.

Annie oyó aquellas palabras y sintió que sus preocupaciones se agravaban.

Había oído gritar y gemir a Elsa y Harry, el peón, había afirmado rotundamente que el brazo estaba roto. En realidad, era algo que podía saber incluso el más lego en medicina..., pero lo misterioso, lo incomprensible era que Elsa había dicho que se curaría muy pronto y estaba curada.

CAPITULO VII

En el silencio de la noche, una sombra oscura se deslizó desde el primer piso hacia el vestíbulo. Envuelta en su bata, Annie bajó cautelosamente la escalera y abrió la puerta principal. Rodeó la casa, caminando con las mismas precauciones, hasta llegar al anexo en donde Long tenía su alojamiento.

Era una especie de caseta de ladrillos, con una sola habitación. Annie hizo girar el picaporte lentamente, pero no pudo evitar un poco de ruido, que despertó al durmiente.

—Eh, ¿quién anda por ahí? —dijo Long.

—Por favor, no grite... Soy Annie Rawlins... Todos duermen, señor Long, y nadie sabe que estoy aquí...

En el primer momento, el psiquiatra pensó que la institutriz buscaba una aventura amorosa, a fin de calmar ciertos ardores propios de su edad. Y aunque no le hubiera desagradado, pronto hubo de advertir el error de sus suposiciones, por un simple detalle.

—Oiga, ¿por qué me llama así? Todo el mundo me dice Harry...

—Harry, ¿de vedad es usted jardinero? Long inspiró profundamente.

—Aguarde que me ponga los pantalones —dijo—. No me gusta hablar en la oscuridad.

Momentos después, encendía la luz. Annie le vio desnudo de la cintura para arriba y no pudo por menos de admirar el robusto torso de aquel joven, que tenía un aspecto tan atractivo.

—No, usted no es un simple peón —insistió.

—¿Ha venido a media noche sólo para decirme eso? —sonrió Long.

—Hay algo más —declaró la institutriz—. Usted aseguró que Elsa tenía el brazo roto.

—Estoy positivamente seguro, señorita Rawlins.

—¿Por qué, Harry? Long dudó un instante.

—Está bien, se lo diré, si me promete ser absolutamente discreta y evita cometer un desliz que pueda comprometer mi estancia en Shadderness Court.

—-Guardaré silencio, se lo aseguro —dijo Annie enfáticamente. Long sonrió.

—Usted es muy amiga de Scarlett Lawrence, prima de Elsa, y yo estoy aquí enviado por ella y algunos amigos suyos —dijo—. En realidad, soy psiquiatra.

—Creo que comprendo. Está desempeñando el papel de ayudante del jardinero para examinar a Elsa sin que nadie sospeche lo que está haciendo.

—Exactamente. Pero un psiquiatra, antes de dedicarse a esta especialidad, también aprende a conocer cuándo un hueso está roto y cuándo está sano. Y yo le garantizo que el húmero de ese brazo estaba fracturado por completo.

—Pero el doctor Grover ha dicho que no había fractura...

—Eso es imposible, señorita Rawlins. El doctor Grover habrá sufrido

algún error... Annie sonrió de un modo extraño.

—Se ve que no conoce bien a Elsa. Lo mismo que hizo revivir a su perro muerto, ella ha reducido la fractura del hueso sólo con desearlo—dijo.

Long guardó silencio durante unos momentos, mientras se daba tirones al labio inferior.

—La mente humana es todavía un arcano indescifrable para el hombre actual —dijo al cabo—. Pueden existir personas con poderes mentales de los cuales no podemos hacernos siquiera una idea... y es muy probable que Elsa sea una de ellas.

—Lo es —afirmó Annie—. Esa chiquilla dispone de unos poderes inmensos... y que Dios nos proteja si cuando llegue a mayor no hace un uso indebido de tan portentosas facultades. Aun ahora, a veces, da miedo, cuando habla con tanta seguridad de determinados temas.

—¿Por ejemplo?

—El último ejemplo es la muerte de Robin Morrow, el anterior ayudante del jardinero.

Elsa dijo que moriría y su vaticinio se cumplió.

—Pero Morrow murió de un ataque al corazón...

—¿Y si Elsa «deseó» su muerte?

—¡Por Dios, señorita Rawlins! —Exclamó Long—. ¿Cómo se le ocurre decir una cosa semejante?

Annie se pasó una mano por la frente.

—No lo sé —murmuró—. A veces se me ocurren las ideas más descabelladas... Elsa me aprecia muchísimo, lo sé, pero cada vez que pienso en que un día deseó que tuviera jaqueca... y creí que iba a morirme de dolor, y luego dijo que ya estaba curada y la jaqueca se me pasó como por ensalmo... Créame, hay veces que siento un miedo espantoso.

—La cosa es preocupante, en efecto, pero para tratar de solucionar este problema estoy yo en Shadderness Court. Procuraremos salvar a Elsa, se lo aseguro, ya que su prima Scarlett tiene tanto interés como el que más en conseguirlo. Pero, por favor, no diga ni haga nada que pueda comprometerme. Mañana, o en cuanto me sea posible, tantearé yo el brazo de Elsa, para ver si es cierto que está curado... o que sufrí un error en el momento de acudir a socorrerla después de su caída.

Hizo un gesto con la cabeza y añadió:

—En realidad, no me extrañaría que ella misma hubiera deseado curarse, porque supo que había una rama podrida en un cedro, me hizo apartar a un lado y ello me salvó la vida.

Annie estaba también enterada del incidente y asintió.

—Seré discreta —prometió.

Con el mismo sigilo que a la ida, emprendió el regreso a su dormitorio. De pronto, al pasar junto a una puerta situada en el primer piso, oyó voces.

Aguzó el oído, deteniéndose unos instantes. La voz de la señora Broadhurst llegaba nítidamente a sus tímpanos, a pesar de que no tenía un

volumen demasiado elevado:

—Quieto... Ay, cuidado... me haces cosquillas con tu barba... Quita de ahí... Oh, Quint...

No... no, por favor...

La voz del ama de llaves se transformó en un jadeo de inequívoco significado. Annie comprendió bien pronto lo que sucedía y, sonrojada hasta las orejas, corrió a su dormitorio, en donde se encerró con doble vuelta de llave. La severa y adusta señora Broadhurst debía de tener en aquellos apasionados momentos un talante muy distinto del que ofrecía durante el día.

Pero los amoríos del tutor y el ama de llaves, a fin de cuentas, carecían de importancia ante los problemas que planteaba Elsa. ¿Tenía el don de profetizar el futuro de las personas... o también poseía la facultad de influir en sus destinos?

Annie se dio cuenta de que aquellos tétricos pensamientos la habían excitado hasta el punto de que ya no iba a serle posible conciliar el sueño en el resto de la noche. En consecuencia, después de un buen rato de dar vueltas en la cama, encendió la luz, se levantó y fue a un pequeño escritorio que había en el cuarto. Sentóse ante el mueble, sacó una cuartilla, agarró la pluma y empezó a escribir una carta. Scarlett, decidió, debía estar informada de los últimos acontecimientos que se habían producido en Shadderness Court.

* * *

Estaba podando un rosal, cuando oyó la voz de Elsa:

—¿Qué hace ahí, señor Long?

El joven psiquiatra se volvió hacia la niña, con la sonrisa en los labios.

—Ya ves, suprimiendo ramas estériles, para que las flores salgan más bonitas en la primavera.

—Es un trabajo inútil. Ese rosal va a secarse muy pronto —dijo Elsa.

—¿Cómo lo sabes, pequeña? —preguntó Long. Elsa se encogió de hombros.

—No puedo contestarle. Lo sé, eso es todo.

—Si el rosal se seca es porque tiene alguna enfermedad en las raíces, ¿no te parece?

—Se secará —insistió Elsa.

—Bueno, yo lo veo perfectamente sano, de modo que seguiré con mi tarea. Pero ahí no estás bien, Elsa. Espera un momento; voy a colocarte en un sitio donde podrás ver mejor mi trabajo.

Long dejó a un lado la podadera y agarró a la niña por los brazos durante unos segundos, tiempo más que suficiente para que sus dedos expertos presionaran el izquierdo, que era el que había padecido la fractura. Luego, sus manos fueron a la cintura y elevó a Elsa hasta sentarla en la barda de una tapia contigua.

—Así estás mejor —sonrió—. Ya no te duele el brazo, ¿verdad?

—No. Me lo curé yo misma. Ya les dije que no hacía falta que llamasen al doctor Grover, pero ellos no me hicieron caso. El doctor se marchó' muy enfadado.

—A cualquiera le hubiera pasado lo mismo, Elsa. Pero, dime, ¿tú puedes saber lo que le va a pasar a una persona?

—A veces, sí, señor.

—¿Cómo a veces? ¿Quieres explicarte, por favor?

—Bueno, yo no sé cómo decirlo... Veo a una persona y a veces sé que no va a vivir mucho...

—Pero tú querrías que viviese, ¿verdad? Elsa guardó silencio unos instantes.

—No me has contestado —dijo Long pasado casi un minuto.

—No sé qué decirle...

—Por ejemplo, tú sabías que Robin Morrow iba a morir.

—Eso sí es cierto, pero yo no quería que muriese. Era muy bueno y muy amable conmigo.

—Y ¿qué te hizo presentir su muerte?

—No lo sé. Lo adiviné, eso es todo.

—Dime, Elsa, si tú estuvieses enfadada con una persona y quisieras que se muriese, ¿se moriría?

—Si esa persona fuese muy mala, muy mala, como era Freddy Gardner, sí; pero yo no conozco a personas que sean muy malas, señor Long.

De pronto, el psiquiatra concibió una idea, pero, a pesar de que era un hombre poco dado a supersticiones y más inclinado a ver y analizar las cosas racionalmente, se abstuvo de formularla en voz alta.

Simplemente, tenía miedo de preguntar a Elsa cuándo moriría.

—¿Quiere bajarme de la tapia, señor Long? —solicitó la niña.

—Sí, sí, con mucho gusto —accedió el joven, repentinamente deseoso de ver muy lejos a aquella diminuta persona, que le parecía poseedora de la facultad de dispensar la vida y la muerte a los seres humanos.

Harry Long estaba ignorante de que, en aquellos momentos, unos ojos contemplaban la escena, desde el otro lado de los cristales de una ventana. Quintus César Sphyllix acariciaba maquinalmente con la mano derecha unos anticuados lentes de pinza que solía usar para leer en ocasiones, cuando sin hacer el menor ruido, entró en la estancia el ama de llaves.

—Quint... —dijo, pero el otro alzó una mano.

—Deirdre, estoy viendo algo que no me gusta —manifestó Sphyllix.

—¿De qué se trata? —preguntó la mujer.

—Él nuevo ayudante... Habla demasiado con la niña. No, no me gusta en absoluto.

Tengo que averiguar quién es en realidad.

—Bueno, un vulgar peón...

—Me he fijado en sus manos. No son las de un trabajador manual. Ni se expresa como un leñador. Ese tipo no es el que dice ser, ¿comprendes?

—En tal caso, despídelo —indicó la señora Broadhurst.
—Eso es más fácil de decir que de hacer. Long no es el estúpido de Robin Morrow. Y no puedo hacer lo mismo que en otras ocasiones.
—¿Tan difícil lo encuentras? —rió la mujer.
—Hay que tener cuidado, mucho cuidado... Escúchame, Deirdre; ahora, en cuanto bajes, habla con Long y dile que tome la furgoneta y vaya al pueblo a comprar... lo que se te ocurra, con tal de que sea lógico. Luego yo me encargaré de revisar su equipaje, ¿comprendes?
—¿Sospechas que pueda ser un policía?
—Lo único que creo tener la seguridad es de que no se trata de un vulgar operario — contestó Sphyllix con firme acento. De pronto, se volvió hacia el ama de llaves—. Tengo entendido que ibas a decirme algo, Deirdre.
—Sí. Pete Fuller ha telefoneado.
—Y viene a verme.
—Exactamente.
Sphyllix sonrió de un modo especial.
—Le recibiremos como se merece —dijo—. Anda, haz lo que te he dicho y no pienses más en Fuller, que es un caso resuelto.
—Está bien.
Un cuarto de hora más tarde, Harry Long salía en la furgoneta en dirección a Shaddlebell, al objeto de comprar ciertas provisiones que escaseaban en la despensa. Apenas hubo desaparecido el vehículo al otro lado de la tapia, Sphyllix abandonó su cuarto de trabajo, descendió al vestíbulo y salió fuera del edificio.
Momentos después, entraba en el alojamiento de Long. Un cuarto de hora más tarde, encontró algo que provocó una crispación de furia en sus huesudas facciones.
No obstante, consiguió tranquilizarse rápidamente. Dejó todo tal como lo había encontrado y abandonó el cuarto, habiéndose forjado un proyecto que pensaba ejecutar sin demora.
Aquella noche. Long despertó sobresaltado al escuchar una voz en la puerta de su alojamiento:
—Harry, Harry... Vístase, pronto. Creo que han entrado ladrones...
Long reconoció la voz de Sphyllix y se levantó de un salto, vistiéndose con el máximo de rapidez. Treinta segundos más tarde, atravesaba la puerta.
Cuando oyó a sus espaldas el fuerte jadeo de una persona, comprendió el engaño de que había sido objeto, pero ya era tarde. El dolor que notó en el cráneo fue tan intenso como breve y resultó la última sensación percibida en vida.

CAPITULO VIII

—No sé si he hecho bien en contarle todo lo que pasa —dijo Scarlett, mientras el coche que conducía Ralph se acercaba a Shaddlebell—. Ha tenido que abandonar su trabajo...

—Lo he hecho con mucho gusto —manifestó el joven—. También a mí me interesa este caso. Sobre todo, después de la última carta que le envió Annie.

—Ha tardado algunos días en llegar —dijo ella—. Pero ya me indicaba qué no me fiase demasiado de la fecha, porque quería echarla al correo personalmente y tendría que buscar el momento adecuado para hacerlo sin despertar posibles sospechas.

—¿Se ha fijado en el matasellos?

—Está un poco borroso, pero he podido leer el mes y ya estamos a cuatro de abril. Por tanto, si fue escrita el mes pasado...

—Al menos, hace cinco días que fue depositada en el correo, lo que, dada la fecha, nos lleva a un total de diez.

—Exactamente —concordó la muchacha—. Y lo peor es que seguimos sin tener noticias del inspector Ryan.

—No ha conseguido informes sobre Sphyllix. En el Yard no hay ningún antecedente sobre él.

—No lo sabía...

—¿Para qué decírselo, si no podía comunicarle ninguna novedad? En cambio, mi amigo Ryan me ha dado instrucciones para ver de procurarme alguna huella dactilar de Sphyllix.

—Oh, puede resultar interesante.

—Eso espero.

Momentos después, entraban en la aldea, una pequeña población de no más de cuarenta casas, en su mayoría situadas a ambos lados del camino y que, en general, ofrecían un aspecto excelente. Ralph condujo a marcha lenta, hasta divisar la plaza en la que se indicaba su objetivo primordial.

Instantes después, llamaban a la puerta de la casa del doctor Grover. Una mujer de mediana edad, gruesa y de aspecto agradable, les atendió casi en el acto.

—El doctor está atendiendo ahora a un paciente —dijo la mujer—. Tendrán que aguardar...

—No importa, señora —contestó Scarlett.

La espera duró cosa de veinte minutos, al cabo de cuyo tiempo se abrió la puerta de la estancia en donde se hallaban los dos jóvenes. Un hombre de cincuenta y tantos años, grueso, con gafas, medio calvo y con una bata blanca, que no estaba cerrada por completo, hizo un gesto con la mano.

—Por favor, pasen... Ralph se puso en pie.

—Doctor, ninguno de los dos estamos enfermos —manifestó—. Hemos

venido solamente a visitarle por interés de la salud de Elsa Lawrence.

Grover miró alternativamente a los dos jóvenes, por encima de sus lentes. Luego dijo:

—En efecto, soy el médico que atiende a esa niña, pero, como comprenderán, el secreto profesional me impide facilitar el menor detalle a los ajenos, salvo si me lo pide un juez, cosa que no estimo necesaria, porque no hay la menor sospecha de que Elsa reciba malos tratos ni esté desatendida en absoluto. De modo que ya lo saben...

De pronto, la muchacha dio un paso hacia adelante, con gesto impulsivo.

—Doctor, me llamo Scarlett Lawrence y soy prima de Elsa. Creo que a mí sí me puede contar algo de lo que le sucede, especialmente de sus portentosas facultades de clarividencia, de las cuales, tanto el señor Meeker-Hewlitt, que me acompaña, como yo, estamos enterados. Pero necesitamos la opinión de un hombre de ciencia que, además, conozca bien a la niña, y ese hombre no es otro que usted.

Grover pareció sentirse halagado por aquellas frases. Scarlett no había pronunciado la expresión «hombre de ciencia» en vano.

—Está bien —dijo—. Elsa me preocupa, en efecto. Pero pueden tener la seguridad de que su tutor la atiende perfectamente y, salvo esa extraordinaria capacidad mental, que no sé a qué atribuir, su salud es magnífica.

—Hace días, Elsa se cayó y se rompió un brazo —manifestó Scarlett.

—Algún zoquete dijo que tenía el hueso roto, pero era totalmente incierto. Yo acudí una hora más tarde y me enfadé muchísimo por una llamada que me había hecho desatender a otro paciente que necesitaba mucho más de mis servicios. No, no había ningún hueso roto...

—Doctor, el «zoquete» que usted ha mencionado es un psiquiatra muy competente — declaró Scarlett.

Grover abrió la boca, estupefacto.

—¿Cómo? ¿Ese ignorante ayudante de jardinero...?

—Es amigo nuestro y está ahí, para investigar personalmente a Elsa, puesto que su tutor se niega a que sea examinada por un psiquiatra. Pero hasta un psiquiatra debe recordar unos estudios mínimos de anatomía, ¿no le parece, doctor?

—Y, sin embargo, cuando usted llegó, Elsa tenía ya el brazo completamente sano — terció Ralph—. Dijo que se curaría pronto... y se curó en cuestión de minutos. Su mente fue lo suficientemente poderosa para estimular las células óseas y conseguir la soldadura del hueso fracturado.

Grover se sentía abrumado por aquellas palabras.

—Esa niña... —murmuró.

—Por eso insistía yo en que fuese examinada por un psiquiatra —dijo Scarlett—. Pero Sphyllix se niega y, al parecer, puede hacerlo perfectamente.

—De eso no cabe la menor duda —convino el médico—. Aunque, claro está, yo me he sentido hasta ahora sumamente incrédulo e incluso ayudaba a Sphyllix inconscientemente en su decisión, al no considerar en la debida

forma las facultades de la niña. Pero ahora la cosa cambia...

Ralph alzó una mano.

—Doctor, siga como hasta ahora —pidió—. No haga nada que pueda provocar las sospechas de Sphyllix. Harry Long se encarga ya de estudiar a Elsa.

—La idea es excelente —aprobó Grover—. Nada mejor que una persona entendida conviviendo con Elsa y viéndola y hablándola a diario, para llegar a conocer la verdad de su mente. Pero en tal caso, no entiendo la obstinada actitud de Sphyllix. ¿Qué beneficios puede obtener de su negativa?

—Es el tutor de Elsa y administrador de la fortuna que ella heredó de sus padres, ¿verdad?

—Sí, es cierto. Pero nadie sabe que haya cometido una malversación...

—Usted lo ha dicho, nadie lo sabe, doctor. Y quizá no lo haya hecho, pero también es muy posible que no quiera soltar la bicoca que tiene en las manos, actuando sobre la fortuna de Elsa como si fuese su auténtico dueño. De todas formas —añadió Scarlett—, el dinero importa menos que la salud de la niña. Dígame, doctor, ¿atendió usted a Robin Morrow?

—Sí, pero después de muerto... Lo encontraron en pleno campo, apoyado en una cerca de piedra.

—Elsa dijo que Morrow iba a morir muy pronto.

—Y usted certificó su muerte por paró cardíaco —añadió Ralph. Grover se tapó la cara con las manos.

—Dios mío, Dios mío... ¿Qué extraordinarios poderes encierra la mente de esa niña? — exclamó con tono gemebundo—. Sí, yo reconocí el cadáver de Robin y certifiqué el fallecimiento por paro cardíaco... Pero Robin era un hombre joven, tremendamente robusto, con la vitalidad de un toro... Aún no hacía tres semanas que le había reconocido, después de un fuerte catarro, y le encontré absolutamente sano, con un corazón que funcionaba con total regularidad, con la perfección de un reloj suizo...

Alzó la cabeza y miró a sus visitantes.

—¿Creen que Elsa «pudo» matar a Robin? —preguntó, estremecido de horror.

—Al menos, sabía que iba a morir. Y éste no fue el primer caso, usted lo sabe bien. Grover asintió.

—Lo eché a broma cuando murió Freddy Gardner, pero ahora...

—Doctor, vamos a pedirle un favor —dijo Scarlett—. El señor Meeker-Hewlitt y yo vamos ahora a Shadderness Court. Si tiene que ir por allí, cualquiera que sea la causa, no mencione la visita que le hemos hecho.

—De acuerdo, señorita —accedió el galeno.

—Es un caso que debe llevarse con el máximo de precauciones —añadió Ralph—, Personalmente, opino que Elsa puede curarse..., pero es preciso antes sacarla de Shadderness Court y no lo conseguiremos en contra de la voluntad de un tutor designado con todos los requisitos de la ley. Para privarle de la tutela sobre Elsa, sería preciso probar una conducta infiel o dañina con la

niña y eso, me temo, no va a ser cosa fácil.

—Sobre todo, si se piensa que nadie, jamás, ha tenido el menor motivo de reproche sobre Sphyllix en su comportamiento con Elsa —dijo Grover—. Antes al contrario, los comentarios unánimes de cuantos la conocen, son de un modo favorable en absoluto al tutor. Aquí, en la aldea, la servidumbre... Todos, todos dicen lo mismo: Elsa no podría haber encontrado una persona mejor para suplir la pérdida de sus padres.

—Ojalá no tengamos que decir la frase clásica de «las apariencias engañan» —suspiró Scarlett—. Sería terrible, doctor.

—Sí, sería terrible —convino el atribulado Grover.

Minutos más tarde, Ralph y Scarlett reanudaban el viaje en dirección a Shadderness Court. Cuando el coche se puso en movimiento, ella dijo:

—Espero que sepa usted desempeñar bien su papel, Ralph.

El joven se echó a reír.

—Siempre resulta fácil desempeñar el papel de algo en lo que uno trabaja realmente

—contestó.

* * *

Ralph se inclinó hacia el cuadro y estudió atentamente la firma.

—Tiene el aire de un Turner, aunque, evidentemente, está realizado por un pintor de su época, influenciado por el estilo de un verdadero maestro. No obstante, resulta una pintura muy notable y creo que me siento en condiciones de ofrecerle una suma muy aceptable, caso de que usted se sienta inclinado a vender, señor Sphyllix.

El tutor sonrió, mientras se acariciaba la barbita con una mano.

—Lamento mucho tener que defraudarle, señor Meeker-Hewlitt, pero para que usted pueda comprar ese cuadro, tendrá que esperar quince años al menos.

—Demasiado tiempo —suspiró el joven.

—Yo administro los bienes de la niña, pero no dispongo de los poderes suficientes para vender o empeñar un sencillo candelabro, cuanto más este cuadro, de notoria valía, como usted ha dicho muy bien. Por tanto, si vino usted a esta casa con ánimo de comprador, lamento tener que decirle que ha hecho un viaje inútil. Al menos en este aspecto.

—Tampoco creo haber perdido el tiempo. La señorita Lawrence es una muchacha encantadora y muy simpática, y hace un día maravilloso. Siempre sienta bien una excursión fuera de Londres, señor Sphyllix.

Mientras Ralph y el tutor conversaban en el interior de la mansión, Elsa y Scarlett hacían lo propio, sentados en la escalinata de acceso a la terraza. Scarlett había visto con agrado el recibimiento afectuoso que le había hecho su prima y a cada momento que pasaba, se sentía más y más inclinada hacia aquella niña que, a edad tan temprana, se había visto privada del verdadero

cariño que sólo unos padres hubieran podido darle.

Durante un buen rato, la conversación había seguido por rumbos nada trascendentes: el estado de salud de la niña, sus aficiones, la marcha de sus estudios... Pero luego, Scarlett decidió entrar en materia, aunque proponiéndose a sí misma observar un mínimo de precauciones.

—Todavía sigues viendo el futuro de las personas —dijo.

—Oh, sí, a veces... Es... no sabría cómo decirlo. Lo veo y ya está —respondió Elsa.

—Pero ¿en todas las personas? ¿Podrías ver, por ejemplo, mi futuro?

Elsa volvió la cabeza y miró largamente a su prima, quien no pudo contener un escalofrío al pensar en el posible vaticinio de la niña. Pero, al fin, Elsa meneó la cabeza y dijo:

—No, de ti no veo nada ahora.

Scarlett contuvo un instintivo movimiento de alivio.

—Pero, por ejemplo, cuando has visto alguna vez que una persona iba a morir, ¿no has podido evitarlo?

—No. Esa persona tenía que morir.

—¿Lo deseabas tú?

—Sólo una vez: cuando aquel salvaje de Freddy Gardner hirió a mi perrito. Las demás veces... bien, lo he visto...

—Y también supiste volver del internado sin conocer el camino.

—No fue difícil —sonrió Elsa—. También me pasa en el páramo, cuando me alejo demasiado. Siempre vuelvo a casa, a pesar de lo fácil que es perderse. Simplemente, echo a andar y ya está.

—No cabe la menor duda de que eres una niña extraordinaria. Cuando seas mayor...

—Yo no llegaré a mayor —dijo Elsa—. Moriré muy pronto.

Scarlett se quedó aterrada ante la seguridad que había en aquellas palabras. ¿Era posible que aquella niña tan dulce y amable pudiera estar segura de la cortedad de su existencia?

—¿Quién te ha dicho que vas a morir? —preguntó,

—Papá me lo dijo hace tiempo. El y mama salían de viaje y dijeron que pronto iría a reunirme con ellos. Como están muertos, yo tengo que morir también.

CAPITULO IX

Aquella inesperada revelación dejó helada de terror a Scarlett, ¿No se podía hacer nada para arrancar de la mente de Elsa aquellas tétricas ideas? La joven no ignoraba los tremendos poderes de la mente en determinadas circunstancias, aunque el caso de Elsa sobrepasaba cuanto conocía al respecto. Pero si pudieran hacer que la niña olvidase tan horribles pensamientos, quizá...

Haciendo un esfuerzo sobre sí misma, forzó una risita.

—No estarás hablando en serio —dijo.

—Sí —contestó Elsa gravemente—. Pronto iré a reunirme con papá y mamá. —

«Duddy» estaba echado a su lado y le acarició la cabeza—. Te quedarás, con mi perro, ¿verdad? Cuando «Duddy» vea que yo falto, tendrá mucha pena.

—Me lo quedaré —respondió Scarlett—. Pero si quieres que te diga la verdad, deberías olvidar esas cosas. Tú tienes que vivir...

Elsa meneó la cabeza.

—No, no puede ser —contestó.

Scarlett inspiró con fuerza. Decidió variar el tema de la conversación.

—El parque está muy bien cuidado —dijo.

—Sí, Dan lo cuida mucho, y también su ayudante, el señor Long. Aunque no pudo evitar que aquel rosal se secase.

Scarlett conocía el incidente por la carta de su amiga Annie y se estremeció de nuevo.

¿Cómo podía adivinar Elsa ciertos sucesos que luego, inevitablemente acababan produciéndose tal como ella los vaticinaba?

—Pero ahora el señor Long ya no está —agregó Elsa.

—¿Cómo?

—Se marchó. Dijo que había encontrado otro trabajo y se fue.

—Pe... pero...

—Estoy muy enfadada con él. Yo le apreciaba mucho y se fue sin despedirse siquiera.

—¡Vaya, qué grosero! —Exclamó Scarlett, fingiendo cierto enojo—. ¿Hace mucho que se marchó ese tipo mal educado?

—Hace una semana. Estuvimos hablando por la tarde y al día siguiente, por la mañana, ya no estaba.

—Así que se marchó sin decirte adiós...

—Sí. A mí me extrañó mucho no verle por la mañana trabajando en el jardín y cuando se lo pregunté al seño Sphyllix, mi tutor, me dijo que Harry había tenido que irse muy temprano, debido a la repentina enfermedad de un familiar.

—Pero ¿no habías dicho que él tenía otro empleo?

—Bueno, lo que quise decir es que iba a ver a ese pariente y que luego se quedaría con el otro empleo,

—Y te lo dijo tu tutor.

—Sí.

—Una pregunta, Elsa. Tú sabías que Robin iba a morir, pero no pudiste evitarlo. ¿Por qué?

—No se puede evitar la muerte de una persona, Scarlett —contestó Elsa con la gravedad impropia de una niña de seis años.

—¿Se lo dijiste a él?

—No.

De súbito, Elsa se levantó y echó a correr.

—¡Vamos, «Duddy»!

El perro siguió a la niña, saltando y ladrando alegremente. Scarlett se sintió pasmada. En unos segundos, Elsa habla pasado de ser una persona que parecía tener cien años de edad, un enigma viviente, a lo que, en realidad, debía haber sido siempre: una niña alegre y vivaz, sin los problemas trascendentales que habían sido tratados en la conversación.

Profundamente preocupada, regresó a la casa, justo en el momento en que un coche se acercaba por el sendero central, Al entrar, vio a un hombre que se apeaba y acometía 1a escalinata con paso resuelto.

Era un sujeto de unos cuarenta y cinco años, alto, ancho de hombros, de abundante cabello rizado y frondosas patillas entrecanas. Las espesas cajas que casi eran una línea negra sobre sus ojos, le conferían una expresión casi feroz, a pesar de que su sonrisa tenía bastante atractivo, al enseñar una doble hilera de impecables y brillantes piezas dentarias.

—La señora Broadhurst, supongo —dijo el recién llegado—. Soy Pete Fuller...

—La señora Broadhurst soy yo, señor Fuller —sonó en aquel instante la voz del ama de llaves—. Tenga la bondad de pasar; le estábamos aguardando.

Fuller miró sucesivamente a la joven y al ama de llaves y se echó a reír alegremente.

—Es difícil afirmar cuál de las dos es más hermosa —exclamó—. Gracias, señora Broadhurst. Señorita...

Fuller y el ama de llaves se encaminaron a la biblioteca. Scarlett siguió a través del vestíbulo hacia el piso superior. Sphyllix y Ralph aparecían en aquel momento en el arranque de la escalera.

—¿Ha conseguido algo, Ralph? —preguntó la muchacha.

—Es preciso aguardar a que Elsa llegue a su mayoría de edad. El señor Sphyllix no puede vender el objeto de menos valor de la casa —-contestó el interpelado.

—Así es, señorita —confirmó Sphyllix—. Con el permiso de ustedes, creo que tengo una visita.,.

Sphyllix se alejó. Apenas había desaparecido en la biblioteca, Annie se asomó por la puerta situada enfrente y que daba al comedor de la casa.

Annie hizo un gesto con la mano. Ralph y Scarlett, se encaminaron hacia el comedor.

—¿Qué has conseguido, Scarlett? —preguntó, una vez hubo cerrado la puerta.

—Estoy espantada —confesó Scarlett, llanamente.

* * *

Ralph movió la cabeza varias veces, después de escuchar el que parecía increíble relato.

—Esa niña... Tendríamos que hacer algo... —Se tocó el bolsillo con una mano—, Por fortuna, lie conseguido huellas dactilares de Sphyllix —añadió.

—¿De veras? —preguntó Scarlett.

—Sí. Mi amigo el inspector Ryan me entregó un trozo de un papel especial que se pega a la superficie donde hay una huella dactilar y la recoge con toda fidelidad. Basta despegarlo a continuación y la huella queda en el papel, que ahora tengo bien guardado en un sobre.

—¿Lo ha notado Sphyllix?

—No. Ya procuré hacerlo con el mayor disimulo. Pero, además, se me ha ocurrido una idea. Cuando volvamos a Londres, le diré a Ryan que hable con su dibujante, para que éste reproduzca el «retrato-robot» de Sphyllix, sin barba ni bigote. Quizá se los dejó para cambiar su apariencia, ¿comprenden?

Scarlett y Annie asintieron al unísono. Luego, la primera mencionó el detalle del rosal que se habla secado, hecho vaticinado por Elsa, y citó también a Long, los motivos de cuya ausencia se le antojaban incomprensibles.

—Es raro que, habiéndose marchado hace una semana, no nos haya dicho cada en Londres —añadió,

—A mí también me preocupa su ausencia -—confesó Annie—, Cuando hablé con él, porque me había dado cuenta de que no era un vulgar peón, no me dijo que tuviera intenciones de marcharse tan pronto.

—¿Le viste marcharse? —preguntó Scarlett.

—No, en absoluto. Sphyllix dijo que se había ido muy de madrugada... Una cosa es cierta; antes de que amaneciera, escuché el ruido del motor de la furgoneta. Sin duda, Harry debió ir hasta la aldea, en donde tomaría un taxi hasta Shrewen, Allí pudo usar el tren...

Ralph frunció e! ceño.

—Es muy entraño que no se haya comunicado con el doctor Hanlon, cuando fue éste precisamente quien nos recomendó a Harry —dijo—. Hasta estos momentos, yo le creía aquí, aunque pensaba que no se dejaba ver por precaución...

—Harry falta desde hace una semana —afirmó la institutriz. Scarlett fijó la vista en Ralph. El joven movió la cabeza.

—Esto no me gusta —declaró—. Igual que Annie supo darse cuenta de

que Harry no era un verdadero peón, Sphyllix pudo advertirlo también.

—Y le habrá despedido —supuso Scarlett.

—Si le despidió, cosa que entra perfectamente dentro de sus facultades, ¿por qué no lo dijo claramente? Cuando despidió a Robin Morrow no lo ocultó bajo ningún subterfugio. No, me temo que al pobre Harry le haya pasado algo mucho peor.

Scarlett sintió un escalofrío.

—¿Un... asesinato? —dijo con voz trémula.

Ralph guardó silencio unos instantes. Luego, lentamente, dijo:

—Si fue así, tendremos que andarnos con pies de plomo. No existe la menor prueba de ese crimen y si lo denunciáramos a la policía, podríamos vernos eh un tremendo aprieto. No, antes de hacer nada, debemos comprobar con absoluta certeza que Harry no ha vuelto a Londres.

—Y de eso se encargará su amigo, el inspector Ryan.

—Sí, se lo pediré.

—Ralph, pongámonos en lo peor —dijo Scarlett—. Supongamos que, efectivamente, Harry ha sido asesinado. ¿Por qué?

—Si creemos culpable a Sphyllix, tendríamos que preguntárselo a él, ¿no le parece?

—Pero podemos establecer alguna hipótesis...

—La única hipótesis viable estriba en la fortuna de Elsa, de la cual él es administrador con plenos poderes y sin tener que dar cuenta a nadie de sus actos. Y, siguiendo por el mismo camino, sería preciso averiguar cómo logró que los padres de Elsa le nombrasen su tutor.

—Esto es algo que nunca me he explicado —declaró Scarlett—. Mi primo, el padre de Elsa, no había cumplido aún los treinta y dos años en el momento de su muerte. A esa edad, aunque un hombre haya hecho su testamento, no suele designar a un posible tutor para su hija. Puede suceder, pero no es corriente...

Ralph se volvió hacia la institutriz.

—Annie, usted lleva aquí más de un año —dijo—. ¿Sabe si los sirvientes actuales eran los mismos que cuando vivían los padres de Elsa?

—Pues... ahora que lo dice, la verdad es que ninguno ha mencionado jamás a los padres de la niña. Ya sabe, comentarios que se hacen sobre unas personas fallecidas, sus acciones, si eran buenos cuanto se les echa de menos... Desde luego, todos estaban ya aquí cuando yo llegué...

—Hable con el que le merezca más confianza y pregúntele la fecha exacta de su entrada en el servicio —indicó Ralph—, Puede ser un dato muy importante.

—¿Lo cree así, Ralph? —preguntó Scarlett.

—Si Sphyllix se había trazado ciertos planes con respecto a la fortuna de Elsa, parece lógico que haya despedido a todos los que formaban parte de la servidumbre que había en la casa cuando vivían los padres de la niña. Es muy posible que los actuales estén ignorantes de todo lo que sucede, y eso es

lógico, porque Sphyllix no se va a franquear con cualquiera. Pero, al mismo tiempo, con unos sirvientes que ya llevaban tiempo en la casa, podría haberse visto en algún compromiso nada favorable a sus planes.

—Intentaré averiguarlo —prometió Annie—. ¿Se quedarán esta noche en la casa? Ralph se volvió hacia Scarlett. La muchacha dudó.

—Si Sphyllix no nos invita expresamente, creo que debemos marcharnos —dijo finalmente.

—Está bien. En tal caso, Annie, la dejamos a usted encargada de realizar esas pesquisas. Pero en la casa hay teléfono, de modo que puede llamar a Scarlett. Y, para evitar incidentes desagradables, si todos los sirvientes resultan haber sido contratados después de la muerte de los señores Lawrence, dígale sencillamente que, en su próxima visita, le traiga cualquier perfume que se le ocurra. En caso contrario, pídale un libro. ¿Entendido?

—Sí, perfectamente —respondió la institutriz. Ralph hizo una señal con la cabeza.

—Vámonos ya, Scarlett.

La joven se sintió repentinamente afligida.

—Tener que dejar aquí a la niña... —se lamentó.

—Yo cuidaré de ella —prometió Annie con voz firme.

Ralph y Scarlett salieron al vestíbulo. Al otro lado, en el interior de la biblioteca, se oían voces destempladas.

—Annie, despídenos del señor Sphyllix —dijo Scarlett.

—Descuida —contestó la institutriz.

Cuando salían, se encontraron con Elsa, que jugaba en el jardín con su perro,

—Nos vamos, querida —dijo Scarlett, arrodillándose para situar su rostro frente al de la niña.

Elsa sonrió.

—Pero volverás pronto, espero —manifestó.

—Sí, muy pronto...

—No tardes. Quiero volver a verte pronto... ¿Ese señor es tu novio? Scarlett enrojeció.

—Es sólo un buen amigo. Y tuyo también, Elsa.

—Así es, preciosa —confirmó Ralph.

—Se casarán ustedes —dijo Elsa—. Se casarán, tendrán varios niños y serán muy felices. Hubo un instante de silencio. Scarlett no sabía qué decir.

—Elsa, el señor Meeker-Hewlitt y yo no hemos hablado todavía de ese asunto —dijo al cabo.

—Yo sé que te casarás con él y no podré verlo. Ralph se acuclilló también.

—¿Por qué, Elsa? Si es cierto lo que dices, ¿no te gustaría llevar la cola del traje de la novia el día de la boda?

—Sí, pero no estaré presente, porque ya habré muerto. Tengo que reunirme con mis papás, ya te lo he dicho.

Scarlett sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Elsa...

—Tú cuidarás de «Duddy», ¿verdad? «Duddy» se quedará muy triste sin mí y debes procurar que no me eche de menos.

La joven se mordió los labios. Sentía unos terribles deseos de echarse a llorar.

—Descuida, Elsa.

De pronto, se incorporó, respirando afanosamente.

—Vámonos, Ralph.

—Sí. Elsa, ¿me permites que te dé un beso? —pidió el joven.

—Claro. Tú eres muy guapo y muy simpático... Scarlett será muy dichosa contigo...

Cuando el coche hubo arrancado, Scarlett, incapaz de soportar por más tiempo la tensión que la agobiaba, rompió a llorar, amargamente. Ralph, comprensivo, respetó el llanto de la muchacha, sabiendo que era algo que aliviaría notablemente la aflicción que invadía su ánimo.

—Esa niña... —dijo Scarlett más tarde—. Quizá, de haber caído en otras manos...

—Creo que habría sido inútil -—murmuró Ralph—. Elsa tiene algo que la hace infinitamente superior a todos nosotros. No sé de dónde le habrán llegado esas facultades, quién le ha concedido ese inmenso poder que tiene..., pero creo que, con otro tutor y en otro ambiente, sus poderes se habrían desarrollado también de la misma manera.

—Es posible, pero me hubiera gustado poder comprobarlo.

—Quizá haya tiempo todavía, Scarlett. Si conseguimos encontrar algo en que poder apoyar una solicitud de revocación de tutela, tal vez podamos influir sobre el futuro de Elsa. Aunque —añadió con acento lleno de pesimismo—, eso es algo sobre lo que abrigo muy serias dudas.

—¿Quieres decir que... que Elsa ya no tiene remedio? Ralph no contestó por el momento.

Al cabo de un rato, volvió a hablar:

—Scarlett, todo lo que suceda a partir de ahora depende de lo que pueda conseguir el inspector Ryan.

—Yo pienso en algo, que cada vez me parece más probable. Los padres de Elsa murieron en accidente de automóvil. Ya te dije que él era un conductor muy prudente... Ese accidente, ¿fue provocado?

—Es otro punto que también investigaremos —aseguró el joven. Pero luego sonrió.

—Scarlett, si es cierto que Elsa tiene el don de la profecía, ¿crees que se realizará la que ha hecho sobre nosotros?

Ella vaciló un momento. Volvió la cabeza y miró largamente al joven.

—Estoy segura de ello, Ralph —contestó.

CAPITULO X

Los ojos de Sphyllix se posaron desdeñosamente sobre el rostro de su visitante,

—¿Crees que me das miedo, Pete? —preguntó. Fuller llenó de nuevo su copa.

—No sé si te doy miedo o no, Quint —repuso—. Lo único que puedo decirte es... Bien, ya te lo he dicho. Y ahora, la solución está en tus manos.

—Tal vez sí, Pete —dijo Sphyllix sonriendo malignamente—, Tal vez sí —repitió.

—Tú no me das miedo, Quint. No puedes hacerme nada. ¿O es que piensas que no tengo todo previsto?

—Oh, claro que sí, me lo imagino perfectamente, Pero creo que tú tampoco te das cuenta de la situación.

—¿Cómo?

—Verás, Pete, aunque se llegara a realizar lo que has dicho, tú no podrías ya verlo. Cierto, yo sufriría tremendos perjuicios..., pero quedaría vivo. Cosa que tú no podrías decir, desde luego.

—¿Te atreverías...?

—Sí, Pete.

Sphyllix llevó la mano derecha a su chaleco, pero al no encontrar lo que buscaba, la retiró en el acto. Apoyada en la repisa de la chimenea, Deirdre contemplaba la escena con ojos burlones.

—No te atreverás —gruñó Fuller.

—Estás muy equivocado, Pete.

—Tendré buena protección. No me pasará lo mismo que a Readey.

—Tu protección no te servirá para nada. Escúchame bien, Pete. Ya hemos hablado bastante y discutido todo hasta la saciedad. No quiero darte un solo penique, así que ya puedes hacer lo que quieras. No me asustas, entérate de una vez.

Fuller vació su copa de un trago.

—Te doy una semana de plazo para que reúnas el dinero, eso es todo —dijo secamente. Avanzó con paso firme hacia la puerta, pero antes de salir, se volvió, y miró irónicamente a Sphyllix.

—Piénsatelo bien. No pido todo, sino una parte... y es mejor perder una parte que el todo —concluyó.

Después de que hubo salido, Sphyllix se volvió hacia el ama de llaves. .

—Esta noche —dijo solamente.

—Bien —contestó ella.

Sphyllix abandono la biblioteca. Cuando llegaba al vestíbulo, se encontró con Elsa.

—Señor Sphyllix, ¿quién era ese hombre? Parecía muy enfadado y decía unas palabrotas horribles...

El tutor sonrió.

—Es un hombre muy malo y quiere arrebatarte lo que es tuyo. No debemos consentirlo, ¿verdad, pequeña Elsa?

—No, señor, no lo podemos consentir.

—Bien, entonces, no te preocupes de más. Anda, sube a tu habitación a lavarte las manos; pronto será la hora de la cena.

—Sí, señor... Ah, mi prima y su amigo se han marchado ya.

—Oh, no lo sabía...

—Son muy buenos, yo los quiero mucho.

—No me cabe la menor duda, Elsa… Ese hombre, Pete Fuller, sí es malo, muy malo, créeme.

—Sí, señor. Ahora voy a lavarme las manos…

Elsa se alejó hacia la escalera, saltando a la pata coja. Sphyllix la contempló con la sonrisa en los labios.

Annie lo vio desde el salón y pensó que era la sonrisa de un demonio.

Sphyllix sacó un papel de su bolsillo y se tocó el chaleco con la mano derecha. Torció el gesto y la llevó al bolsillo superior de su chaqueta, de donde extrajo unos lentes semicirculares, que se colocó para leer lo que estaba escrito en el papel.

Entonces se le acercó la institutriz.

—Señor Sphyllix...

El tutor alzo la cabeza.

—Dígame, señorita Rawlins —respondió cortésmente.

—Mi amiga Scarlett y su acompañante se han marchado ya. Usted tenía una visita y no quisieron molestarle: por eso me encargaron les despidiera de usted en su nombre.

—Muy amable, señorita, gracias. —Sphyllix torció el gesto—. He perdido los impertinentes y no sé cómo...

—¿No le resultaban más incómodos que los lentes?

—Pues... estaba habituado a ellos y los cristales de estos lentes son un poco fuertes... Quizá lo considere usted como una manía, pero con los impertinentes me sentía muy a gusto. Además, tenían pinza para la nariz, de modo que resultaban también cómodos. Sin duda, la cinta estaba ya gastada y se me habrán caído en alguna parte... En fin, no es cosa que tenga demasiada importancia, señorita Rawlins.

—No, no la tiene —convino la institutriz.

* * *

Después de la cena, que transcurrió con cierta normalidad que a Annie se le antojó un tanto ficticia, Elsa, como de costumbre, se dispuso a regresar a su habitación para acostarse.

—Señorita Annie, ¿querrá leerme un poco cuando esté en la cama? —solicitó la niña,

—Claro, querida. Vamos allá.

Elsa y Annie se pusieron en pie. Sphyllix, galante, también se levantó.

—Yo me quedaré aquí, tomando una copa —dijo.

—Buenas noches —se despidió Elsa.

—Buenas noches, hermosa. Que tengas bonitos sueños.

—Gracias, señor.

Eran las nueve y medía cuando Annie volvía a su habitación. La joven se desvistió y buscó un libro para leer. Sentada en la cama, apoyada en los almohadones, abrió el libro, pero, a los pocos minutos, se dio cuenta de que no podía conciliar el sueño.

Estaba terriblemente preocupada.

Elsa era el centro de sus preocupaciones. ¿Cómo se habían desarrollado en la niña tan increíbles facultades?

Había deseado la muerte de Freddy Gardner y su deseo se había realizado. El segundo

«Duddy» había vuelto a la vida, después de que el jardinero asegurase que estaba muerto... Y tantas y tantas cosas.. ¿Qué espantosa anormalidad se había producido en el cerebro de Elsa?

Luego, de un modo inevitable, pensó en Harry Long. Sí, era sumamente extraño que el psiquiatra se hubiera marchado de Shadderness Court tan rápidamente, sin despedirse de nadie. ¿Cómo le había llegado la noticia de la enfermedad de su familiar?

Y si había muerto asesinado, ¿quién lo había hecho? ¿Sphyllix? ¿Por qué?

Había muchas preguntas y ninguna de ellas tenía una respuesta medianamente aceptable. Todo eran fantasías por el momento.

Annie empezó a pensar en sí propiamente. ¿Podría resistir aquella tensión durante mucho tiempo?

Intentó dormir, pero no pudo. Inquieta y desasosegada, empezó a dar vueltas en la cama, hasta que sintió su cuerpo empapado de sudor.

Entonces se levantó y buscó cigarrillos. Pero el tabaco no era suficiente para calmar su excitación. Una copa de algún licor, se dijo.

Estaba solamente con el pijama, de modo que se puso la bata y salió del dormitorio.

Shadderness Court apareció en el mayor silencio.

Annie avanzó a lo largo del corredor. De pronto, vio una puerta entreabierta, de la que salía un rayo de luz y, extrañada, se acercó a ella. Al empujarla, vio que el gabinete privado de Sphyllix estaba desierto.

Sphyllix solía tener licores para obsequiar a las escasas visitas que recibía. Annie se acercó a la mesa donde estaban las botellas, destapó una y la inclinó sobre la copa que ya sostenía con la mano izquierda.

De repente, vio algo que llamó su atención de una manera extraordinaria.

Era una ampolla que había contenido un líquido inyectable hasta hacía poco, a juzgar por el pico de uno de los extremos que había sido cortado, a fin de permitir la introducción de la aguja y extraer el medicamento por succión.

Annie se preguntó quién podía estar enfermo en la casa, para necesitar una medicina después de la cena.

¿Acaso había alguien que se drogaba con morfina?

Llena de curiosidad, cogió la ampolla. En el vidrio, aunque con caracteres muy tenues, se podía leer sin dificultad el nombre del medicamento: «Pentotal Sódico».

Le pareció que un viento helado descendía por su espalda y llegaba hasta el tuétano de los huesos. ¿A quién se aplicaba en aquella casa el «suero de la verdad»? ¿Quién era sometido a hipnosis, por quién y por qué?

Un pánico horrible invadió su ánimo. Aquello era obra de Sphyllix, no cabía la menor duda. Y ahora se daba cuenta claramente de que Harry Lon no se había despedido, sino que había sido asesinado y su cadáver enterrado Dios sabe dónde.

El miedo le proporcionó la suficiente presencia de ánimo para no prorrumpir en alaridos, que habrían revelado su presencia en aquel lugar. Incluso consiguió hacer el esfuerzo necesario para apurar el licor de la copa y dejar ésta de modo que no se advirtiese su presencia en el gabinete.

La ampolla quedó en la misma posición. Luego, lenta y sigilosamente, Annie abandonó la estancia y emprendió el regreso a su dormitorio.

De pronto, se le ocurrió que no estaría de más dar un vistazo a Elsa. Cuando se acercaba a la puerta del dormitorio, oyó una voz harto conocida que pronunciaba unas palabras estremecedoras:

—¡Mátale, Elsa, mátale! Pete Fuller es un hombre muy malo... Debe morir, debe morir... ¡Mata, pequeña Elsa, mata!

Annie creyó desfallecer. ¿Qué estaba haciendo con la niña aquel horrible monstruo llamado Sphyllix?

Su primer impulso fue el de irrumpir en el dormitorio y sorprender al maligno tutor, pero, casi inmediatamente, se formuló una pregunta a sí misma: ¿Qué podría hacer ella contra un hombre robusto y capaz de cualquier cosa para evitar se divulgase su espantoso secreto?

Lo más sensato era callar, ocultar su descubrimiento, Scarlett y Ralph lo sabrían por la mañana. Sabrían que algo grave ocurría, ya que emplearía la clave convenida y añadiría que lo' necesitaba urgentemente. No podía hacer otra cosa, ¡si en realidad quería ayudar a Elsa, porque tenía la seguridad de morir instantáneamente, si se presentaba ante Sphyllix para recriminarle por su actitud.

Silenciosamente, volvió a su dormitorio, se quitó la bata, apagó la luz y se metió en la cama,

Al cabo de un rato oyó voces en el pasillo.

—Fuller está listo —dijo Sphyllix.

—Sí, era un estorbo —respondió cínicamente la señora Broadhurst.

* * *

.Annie intentó comunicarse con Scarlett, pero todo fue inútil. Por tres veces, y siempre procurando no ser vista por Sphyllix y el ama de llaves, hizo llamadas a su amiga, pero no obtuvo la menor respuesta. Scarlett, se dijo, debía de haber salido. Estaría con Ralph y el inspector Ryan, averiguando datos sobre el pasado de Sphyllix. Por tanto, decidió dejar la siguiente llamada para mejor ocasión.

Elsa andaba por el jardín, como de costumbre. Annie, con un libro, bajo la mano, caminó apaciblemente, como si fuese a darle una lección al aire libre. No tardó en encontrar a la niña, al pie del enorme cedro, bajo el cual había estado a punto de morir Harry Long.

—Buenos días, señorita Annie —sonrió la chiquilla.

—Hola, Elsa. ¿Cómo te sientes?

Annie escrutó ansiosamente el rostro de la niña, en la que no se apreciaban síntomas de anormalidad. Si le habían aplicado pentotal sódico, ya no quedaban secuelas, supuso.

—Muy bien, perfectamente, señorita. Hace un día estupendo... ¿Quiere que demos clase? Estoy dispuesta —declaró Elsa.

—Aguarda un momento. —Annie se sentó sobre el césped, teniendo a la niña a su derecha—. ¿Cómo te sientes el brazo? —se le ocurrió preguntarle repentinamente.

—Oh, estupendo, no me duele en absoluto.

—¿De veras? ¿Me permites que te lo mire?

Antes de que Elsa pudiera formular la menor objeción, Annie le remangó el pullover que tenía puesto y dejó el brazo al descubierto. Sí; allí, en el hueco, se veía la señal diminuta, pero inconfundible, de la inyección aplicada la noche anterior.

Lentamente, Annie bajó la manga de nuevo.

—Elsa, ¿has tenido sueños esta noche? —preguntó.

—No, no recuerdo nada... He dormido estupendamente... De súbito, se oyó la voz chirriante del tutor:

—¡Señorita Rawlins!

Annie se levantó de un salto.

—Sí, señor —dijo.

Sphyllix estaba delante de las dos, después de haber contorneado el cedro. En los ojos del sujeto había un brillo que a Annie le pareció el reflejo del fuego del infierno.

—No me gustan las mujeres curiosas, que meten su nariz en asuntos que no les importan —dijo Sphyllix fríamente—. Señorita Rawlins, considérese despedida. Haga su equipaje y váyase de Shadderness Court inmediatamente. Su sueldo le será abonado con toda exactitud. Eso es todo.

Annie se quedó con la boca abierta, sin saber qué responder. Pero inesperadamente, Elsa dio un paso hacia adelante y exclamó:

—¡No, no quiero que ella se vaya!

Sphyllix miró a la niña como si estuviese contemplando a un insecto.

—Elsa, olvidas que soy tu tutor y que puedo emplear o despedir a quien me parezca — manifestó tranquilamente.

—Lo sé, pero no quiero que se marche la señorita Annie. —Con inmensa suavidad, como si estuviera dirigiendo unas palabras amables a su perro añadió—: Si insiste en ello, le haré morir.

Annie tenía la boca abierta por el asombro y el espanto simultáneos, pero no dejó de advertir la espantosa palidez que se había adueñado del huesudo rostro del tutor.

CAPITULO XI

Con gesto que quería ser displicente, pero que, en realidad, trataba de ocultar la preocupación que sentía, Pete Fuller agitó el sobre delante de los ojos de su compinche y dijo:

—Si me ocurre algo, ya sabes. Envíalo por correo al Yard; allí sabrán lo que hacer con él.

Charley Meagham asintió y cogió el sobre.

—De acuerdo, Pete —contestó—. Pero ¿de veras crees que está tan grave la situación?

—El es capaz de todo —manifestó Fuller—. Acuérdate de Readey, También fue a visitarle y acabó con cuatro trozos de plomo en el cuerpo. Claro que Readey no sabía la décima parte de lo que yo sé, pero no está de más tomar todas las precauciones posibles.

—Eso es cierto, aunque a mí me parece que a Readey se lo «cargaron» los chicos de Bugs Slade. Bugs tenía muchas ganas de sacudirse de encima el tipo molesto que era Readey.

—Tal vez, pero el caso es que Johnny fue a Shadderness Court y murió antes de que hubiera pasado una semana de su vuelta. Yo no me fío, ¿comprendes?

—Como quieras. De modo que si te «apiolan»...

—Envía el sobre al Yard. Alguien sabrá lo que se debe hacer. Meagham torció el gesto.

—La verdad, nunca le creí capaz de progresar tanto —dijo—. Encontró un buen refugio, ¿verdad?

Fuller sonrió.

—La casa vale lo suyo, con todos los cuadros y objetos de valor que hay en ella, más el parque que la rodea, que no tiene menos de diez hectáreas de extensión, y, además, algo así como un par de kilómetros de tierras colindantes y cosa de seiscientas mil libras en acciones y valores diversos, todo lo cual pertenece a la niña y él administra como le da la gana. No sé cómo consiguió esa bicoca, ni tampoco me importa demasiado, pero es un pastel magnífico y yo quiero mi parte, ¿comprendes?

Fuller guiñó un ojo a su compinche, el único en quien sabía podía confiar plenamente.

—Y tú también tendrás tu recompensa, Charley —añadió.

—¿Cuánto le has pedido, Pete?

—Cien mil. Meagham silbó.

—Un buen pedazo..., aunque me parece un tanto exagerado. Quizá, con una petición más módica, él podría haber cedido...

—Sé que no cedería ni por un chelín, de modo que he hecho mi propuesta de golpe y por la cifra mencionada, de la que no pienso rebajar un solo penique. Además, estoy ya cansado de este maldito país y quiero marcharme.

—¿Adónde, Pete?

—¿Qué te parecen las Bahamas?

—Pues...

Meagham no tuvo tiempo de continuar. Fuller lanzó un grito repentino y se llevó la mano al corazón.

—Oh... —gimió—. Me duele...

Desfalleciendo bruscamente, Fuller se derrumbó sobre un sillón.

—Charley..., un médico..., pronto.... Me..., me muero...

Meagham se quedó aterrado. Tiró el sobre encima de una mesa, agarró una botella, llenó una copa y corrió hacia su compinche.

—Pete, toma un trago... Vamos, haz un esfuerzo. Esto no es nada, se te pasará pronto... Meagham se calló. Fuller tenía la cabeza echada hacia atrás, apoyada en el respaldo del sillón y sus ojos miraban vidriosamente al techo. La mano que había llevado al pecho resbaló lentamente y quedó apoyada en el asiento.

La copa se escurrió de los dedos de Meagham, estrellándose contra el suelo. Durante unos momentos, el sujeto permaneció en aquella misma postura, absolutamente inmóvil, negándose a creer en el repentino fallecimiento de su compinche.

Luego, reaccionando, agarró el sobre y se dispuso a salir. Cuando ya abría la puerta, un hombre le cerró el paso.

—No tan de prisa, Charley —dijo el inspector Ryan—. Tu socio, tú y yo, tenemos que hablar largo y tendido, de modo que podemos pasar el tiempo tranquilamente...

Meagham alzó las manos instantáneamente.

—¡Le juro que yo no he sido, inspector! ¡Ha sido una muerte repentina! Un ataque al corazón...

—Pero ¿qué estás diciendo?

Meagham se dio cuenta vagamente de que el policía no llegaba solo. Dio un paso lateral y señaló al interior de la estancia.

—Allí lo tiene, inspector. No hace ni cinco minutos, estábamos hablando tan tranquilamente...

Ryan lanzó un juramento. Fue a entrar en el apartamento, pero, de pronto reparó en el sobre que Meagham sostenía aún en alto y se lo arrebató de un manotazo.

—¡Trae acá! —gritó.

—Se lo juro, inspector; Pete me lo había dado para que se lo entregase a alguien del Yard...

—Bien, bien, ya hablaremos de eso más tarde. Ahora vamos a ver si es cierto que Fuller ha muerto de un ataque al corazón.

Ralph y Scarlett entraron detrás del inspector, Ryan auscultó brevemente a Fuller y luego se incorporó.

—Voy a llamar al forense y a una ambulancia —anunció.

* * *

El inspector Ryan terminó la lectura de los papeles que había en el sobre y levantó la vista para fijarla en los rostros de los dos que tenía frente a sí.

—Esto confirma todas las sospechas que ya teníamos sobre Sphyllix —dijo —. Fuller hizo un buen trabajo, aunque no le sirvió para nada. Estuvo investigando durante meses, pero lo hizo para chantajear a Sphyllix, de quien había sido compinche en tiempos.

Ralph asintió. Después de haber hablado aquella misma mañana con Ryan y contarle cuanto sabían, el policía había atendido la sugerencia sobre un nuevo dibujo de la cara del tutor. Las huellas dactilares, además, habían confirmado plenamente su auténtica personalidad.

—Un hombre listo, que supo ganarse la confianza de los padres de Elsa —había dicho Ryan, al conocer los datos sobre la identidad del tutor—. Haré que investiguen nuevamente el accidente, por si fue provocado, cosa que, ahora, después de saber quién es el sujeto, tiene grandes probabilidades de ser cierta.

—Pero el testamento en que lo nombraba tutor... —dijo Scarlett.

—Pudo falsificar esa parte del documento. En fin, lo que importa ahora es que sabemos quién es y, con razón, podemos presumir que han entrado a saco en la fortuna de la niña. Pero todavía podemos conseguir más datos, si hablamos con un viejo compinche que tuvo en tiempos y con el que realizó un sinnúmero de estafas y fraudes de todas clases, aprovechando sus dotes para la pluma y no precisamente como escritor, sino como falsificador.

Y ahora, aunque habían llegado tarde para hablar con Fuller, tenían una serie de documentos que podían comprometer gravemente a Sphyllix y, lo que era mejor, en opinión de Scarlett, solicitar y obtener una revocación de la tutela.

—¿Se le podrá arrestar, inspector...? —consultó la muchacha.

—Eso depende de la investigación que hagan los censores jurados de cuentas. Si se encuentra fraude o malversación, no les quepa la menor duda de que lo arrestaremos, acusado de esos delitos.

—Hay más cosas quizá, Tom —dijo Ralph gravemente—. Hechos peores que una simple malversación.

—¿Te refieres a las muertes misteriosas? ¿Quién puede probarlo, si, como en el caso de Fuller, se trata de un ataque cardíaco?

—Provocado por Elsa —exclamó Scarlett.

—La niña no puede matar. Tal vez, tiene el don de la profecía, pero, matar... —dijo Ryan escéptico.

—En todo caso, yo no me refería a esas muertes misteriosas, sino a Harry Long. Elsa lo quería y nunca dijo que fuese a morir pronto, como en otros casos. Para mí, Harry fue asesinado —afirmó Ralph.

Ryan hizo un gesto de duda.

—En todo caso, si no encontramos el cadáver... no habrá *corpus delicti* y,

por tanto, no podremos formular ninguna acusación —manifestó.

—¿Quién sabe? —Murmuró el joven, que estaba pensando en las portentosas facultades de clarividencia de Elsa—. Ryan, basado en esos documentos, ¿puedes pedir a un juez la revocación de la tutela y el traspaso de esos derechos a su prima Scarlett?

—Lo intentaré —respondió Ryan. Ralph se puso en pie.

—En cuanto tengamos el documento, iremos a Shadderness Court —declaró.

—Y yo les acompañaré —dijo el policía.

* * *

La corredera de la pistola automática emitió un siniestro chasquido al hacer el doble viaje hacia atrás y adelante y llevar una bala a la recámara.

—Lo siento —dijo Sphyllix—, pero no podemos terminar de otra forma. El ama de llaves asintió.

—Puede resultar peligroso —objetó.

—¿De veras? Annie es una joven inestable y un tanto histérica. Sabe que su alumna posee una mente muy superior a la del común de los mortales. Temerá que Elsa se vuelva un día hacia ella, diremos que lo mencionó en más de una ocasión, y la matará a tiros y luego se suicidará.

—En tal caso, la fortuna pasará a poder de su prima, estoy seguro... Sphyllix soltó una risita.

--La mayor parte del dinero está a buen recaudo —aseguró.

Deirdre adelantó un par de pasos, hasta que sus senos opulentos rozaron el pecho del hombre.

—Entonces, será mejor que no nos quedemos —propuso,

—¿Cómo?

—Ya lo has oído. Mátalas y nos largamos inmediatamente.

—Sospecharán de nosotros...

—La servidumbre no oirá los disparos. Duermen demasiado lejos.

Sphyllix pareció meditar sobre la proposición que su amante acababa de hacerle.

—No es mala idea —dijo—. Tal vez lo mejor será que tengas todo preparado. Yo me ocuparé del coche.

—De acuerdo.

Sphyllix se quedó solo. Durante unos momentos, permaneció inmóvil. Era una lástima, se dijo; aún iba a dejar un buen pico en el Banco..., pero la seguridad propia valía ya más que todas las cosas. Annie hablaría con su amiga Scarlett y él sabía que la prima de Elsa recelaba de lo que sucedía en la casa. No, lo mejor era desaparecer.

Además, y aunque no hubiesen corrido ningún riesgo, también tenía que matar a Elsa. Cada vez que pensaba en la amenaza que había proferido la niña por la mañana, sentía que su frente se cubría de un sudor filo.

Pues conocía los formidables poderes de Elsa y no quería que un día pudiera utilizarlos contra él.

Salió de su despacho y fue al garaje, en donde revisó el coche, encontrándolo en perfectas condiciones. Luego regresó a la casa. Deirdre lo encontró poco más tarde y le anunció que ya tenía todo listo.

Sphyllix se llenó los pulmones de aire.

—Vamos —dijo.

Subieron al primer piso. Sphyllix abrió la puerta del dormitorio de Annie, quien todavía no se había acostado. Sentada en un sillón, la institutriz leía un libro.

—Venga con nosotros —ordenó Sphyllix.

Annie se puso en pie y dejó el libro sobre el sillón. La pistola que brillaba en la mano del tutor era un claro indicio de la suerte que le aguardaba. Extrañamente serena, caminó delante de Sphyllix.

El ama de llaves estaba detenida ante la puerta del dormitorio de la niña, Annie la miró despreciativamente, casi con orgullo, pero no le dijo nada.

—Entre ahí —dijo la señora Broadhurst.

Annie alzó la barbilla. Elsa oyó el ruido de la puerta al abrirse y se sentó en la cama.

—¡Señorita Annie! —exclamó—. ¿Por qué me despierta a estas horas?

—Quizá tu tutor pueda explicártelo mejor que yo, querida —respondió la joven. Los grandes ojos de la niña escrutaron el rostro de Sphyllix.

—¿Va a matarnos? —preguntó.

Los labios de Sphyllix se contrajeron.

—Maldición, yo no querría..., pero no tengo otro remedio —exclamó coléricamente.

Elsa abandonó la cama y, con los pies descalzos, caminó hasta situarse junto a su institutriz.

—Ahora me doy cuenta de que estaba equivocada —dijo—. El señor Sphyllix es un hombre malo...

—Sí, lo es, Elsa —corroboró Annie, a la vez que apretaba la cabecita infantil contra su pecho, sin apartar la vista del hombre—. Pero sabrán que ha sido usted el que nos ha asesinado...

—Lo tomarán como un asesinato, cometido por usted, y luego la verán muerta al lado de la niña. Pensarán qué es un suicidio, ¿comprende?

—Empieza a tener miedo —dijo Annie—. Tiene un miedo espantoso...

—¡Sí! —Vociferó Sphyllix—. Tengo miedo, pero no de usted ni de otras personas, sino de ese pequeño monstruo que es capaz de matar con sólo desearlo. Es inútil negarlo, usted lo sabe ya tan bien como yo y no puedo correr el riesgo de marcharme y dejarlas vivas. ¿Lo entiende ahora?

Annie fijó la vista en el rostro del tutor. Sphyllix sudaba copiosamente y su mano temblaba de un modo convulsivo. Ahora, adivinó, Sphyllix tenía miedo de Elsa... sentía un pánico horrible hacia el monstruo que él había convertido a una niña pura y dulce, que no era culpable en absoluto de poseer una mente

con poderes poco menos que infinitos.

La pistola se alzó lentamente. Annie se preparó para oír el primer disparo.

Pero en el mismo momento, un violento chorro de luz entró a través de los cristales de la ventana, a la vez que se percibían sonoros chirridos de frenos.

CAPITULO XII

Sphyllix lanzó una horrible maldición al darse cuenta de que alguien llegaba con notoria inoportunidad para sus proyectos. Ya no podía usar la pistola, sin que se descubriese inmediatamente lo sucedido. Volvió la cabeza hacia la puerta un momento y Annie decidió aprovechar la ocasión.

—¡Corre, Elsa! —gritó a la vez que tiraba de la mano de la niña.

Annie iba delante y, con el hombro, cargó contra Sphyllix, derribándolo violentamente a un lado, merced más al efecto de 'la sorpresa que a sus propias fuerzas. El tutor rodó por tierra, lanzando espumarajos de rabia. Cuando quiso recobrar la pistola, Annie y la niña corrían ya escaleras abajo. El ama de llaves, aturdida, no acertaba a reaccionar.

—Maldita sea, Deirdre, agárralas...

En la puerta sonaban unos fuertes golpes. Corriendo como si les hubieran salido alas en los pies, Annie y Elsa alcanzaron el vestíbulo y llegaron a la puerta.

—¡Abran, abran! —gritó Ralph al otro lado.

Mientras, Sphyllix había conseguido recobrarse y tenía la pistola en la mano nuevamente. Cuando llegó a la barandilla superior, vio que la puerta se abría y varias personas irrumpían en la casa.

Pero ahora estaba loco, ciego de terror Elsa estaba todavía con vida. La niña había visto su maldad y podría castigarle con la muerte. Alzó la pistola y apuntó cuidadosamente al centro de la espalda de Elsa, que se abrazaba a su prima en aquellos momentos.

Entonces, Ralph vio al tutor y, saltando con todas sus fuerzas, empujó a Scarlett y Elsa a un lado, derribándolas al suelo. Detrás de él, Ryan sacó su revólver.

—¡Quieto, tire esa arma! —gritó.

Al mismo tiempo, el ama de llaves, que se había dado cuenta del inesperado cambio de la situación, se abalanzaba hacia Sphyllix y trató de quitarle la pistola.

—No te comprometas más, Quint... No empeores más tu situación...

—¡Déjame, déjame! —Contestó Sphyllix con todo el aspecto de un demente—. Esa niña infernal no puede seguir viviendo...

El arma se disparó súbitamente. Deirdre Broadhurst lanzó un gemido, soltó a Sphyllix, se llevó ambas manos al pecho y, después de unos pasos vacilantes, acabó por desplomarse al suelo.

Arrodillado en el vestíbulo, Ralph cubría con su cuerpo a la niña. A su lado, el inspector Ryan hizo una nueva intimación al sujeto:

—¡Por última vez, deje caer el arma o haré fuego!

Sphyllix contempló con ojos ausentes el cuerpo inerte de Deirdre, en cuyo pecho se ensanchaba rápidamente una mancha de sangre. Luego, lentamente, bajó el brazo y abrió los dedos.

* * *

Sentado en un sillón de la biblioteca, con las manos esposadas, Sphyllix negó con energía los cargos que se le imputaban.

—Es inútil que se encierre en sus negativas —dijo el inspector—. Peritos calígrafos de Scotland Yard van a examinar el testamento por el que se le nombraba tutor de Elsa. También vamos a investigar el accidente de automóvil en el que murieron los padres de la niña: es muy posible que lleguemos a demostrar que fue provocado.

—El coche quedó completamente destrozado y hace años ya que lo desguazaron — declaró Sphyllix—. Lo único que pueden probar en contra mía es la falsificación del testamento...

—Y el dinero que tomó de la herencia de la niña. Sphyllix hizo un gesto desdeñoso con los hombros.

—Una estafa más, que se paga con unos cuantos años de cárcel.

—Queda la muerte del ama de llaves —dijo Ryan.

—La pistola se disparó accidentalmente. Yo pretendía evitar que hiciese fuego contra la niña. El jurado puede tomar las declaraciones de los testigos como parciales. Y, aunque no sea así, inspector, usted sabe perfectamente que no tenía intención de matar a la señora Broadhurst.

Ralph se sentía asombrado del cinismo y la sangre fría que demostraba aquel criminal. Sphyllix, ya rehecho, pasado de pánico que le había situado al borde de la locura, había vuelto a recobrar la calma y la sangre fría.

Ralph se inclinó hacia adelante.

—Annie lo ha contado todo. Usted se aprovechaba de las portentosas facultades de Elsa, para obligarle a matar a quien le estorbaba..., por ejemplo, Robin Morrow y Pete Fuller. Elsa lo hizo una vez, inconscientemente, porque no sabía calibrar el alcance de sus deseos. Pero cuando el segundo «Duddy» murió y ella lo hizo resucitar, usted empezó a fijarse muy particularmente en sus facultades mentales. Puede que no se le relacione con la muerte de Readey, pero sí habría algo que decir acerca de las otras dos.

Sphyllix sonrió desdeñosamente.

—Esos hombres murieron de sendos ataques al corazón —dijo.

—Porque usted inyectaba pentotal sódico a Elsa y la sometía a un estado de hipnosis, durante el cual, la mente de la niña quedaba sujeta a la suya y ello le permitía influir en su ánimo y darle órdenes que ella ejecutaba luego sin tener la menor idea de lo que hacía — dijo Scarlett, que había aparecido silenciosamente en la biblioteca—. Elsa mataba porque usted se lo ordenaba. Annie Rawlins vio la ampolla de pentotal y oyó las órdenes que usted le daba respecto a Fuller.

—Al cual, por cierto, vimos apenas muerto —añadió el inspector Ryan.

—¿Hay modo de probar que yo tuve algo que ver con esos hechos? — preguntó Sphyllix cínicamente.

—Le diré una cosa, Sphyllix: vamos a investigar a fondo todo lo que ha sucedido aquí y, créame, va a pasar una larga temporada en la cárcel. Quizá toda su vida.

—No me haga reír, inspector. Los únicos delitos que se me pueden probar no acarrean una condena de cadena perpetua. Y usted lo sabe mejor que nadie.

—Sphyllix... Mejor dicho, le llamaré a partir de ahora por su verdadero nombre: Quentin Félix, que usted transformó en Quintus César Sphyllix, por dos razones: la primera, porque el nuevo nombre era mucho más sonoro y propio del tutor de una niña inmensamente rica. Y la segunda, porque el apellido Sphyllix es muy parecido al suyo, aunque con las suficientes diferencias para que nadie lo reconociese.

—Salvo unos amigos que supieron dar con usted y exigieron su parte en el pastel —dijo Ralph—. ¿También Morrow quería dinero?

Sphyllix meneó la cabeza.

—No. Era un sujeto repulsivo y amenazó con revelar mis relaciones con la señora Broadhurst.

—Lo cual podía provocar un escándalo y la consiguiente revocación de la tutela, ¿no? Sphyllix asintió.

—No iba a permitir que lo divulgara...

—Está bien —exclamó Ryan—. Hay muertes de las que no se le puede acusar; pero, en cambio, formularé contra usted la acusación de asesinato en la persona del doctor Harry Long.

—¿Dónde está el cadáver? —preguntó Sphyllix insolentemente.

—Enterrado bajo el cedro —sonó de repente la voz de Elsa.

Sphyllix se irguió en el asiento. Ralph, Scarlett y el policía volvieron la cabeza hacia la puerta, en cuyo umbral acababa de aparecer Elsa, cubierta con una bata y acompañada de su institutriz.

—Lo he visto de repente —continuó Elsa—. La señorita Annie ha recordado al pobre Harry y yo le apreciaba mucho... y entonces he sabido que está muerto y enterrado bajo el cedro.

Ryan se volvió hacia Sphyllix.

—¿Lo ha oído? —preguntó.

El asesino se esforzó por mantener la serenidad.

—Bien, pero, en todo caso, ¿cómo podrán probar que fui yo quien lo maté y luego lo enterré en el sitio que indica ese pequeño demonio? No admitiré nunca haber cometido esa muerte y, se lo aseguro, no hay la menor prueba que pueda relacionarme con ello.

—Las gafas de pinza están en la tumba de Harry —declaró Elsa.

Sobrevino un profundo silencio. Annie se llevó una manó a la boca para no gritar. Ahora recordaba el detalle de la mano de Sphyllix, acariciando casi constantemente el chaleco, en el que faltaban unos impertinentes que siempre habían estado allí, y recordaba también las otras gafas para lectura, semicirculares, que Sphyllix se había visto obligado a utilizar al perder las

otras.

Ralph y Scarlett miraron fijamente al asesino. Sphyllix se dio cuenta de que Elsa había dado la pista que le condenaría irremisiblemente y se desmoronó por completo. Toda su arrogancia desapareció y se convirtió en un hombre encogido y abrumado por la derrota. En su rostro, apreció Ralph, no quedaba un átomo de calor.

* * *

Annie bajó del primer piso y aceptó con una sonrisa la taza de té que le ofrecía Scarlett.

—Elsa duerme —informó.

Ryan y su ayudante se habían llevado al asesino. Otros policías, con linternas, cavaban al pie del cedro.

—Ahora nos vamos a enfrentar con una serie de problemas de no fácil solución —dijo Scarlett—. No hablo siquiera del jaleo que va a representar aclarar la serie de estafas y malversaciones que Sphyllix hizo Con la fortuna de mi prima. Curar esa mente es lo más importante por ahora,

—El doctor Hanlon nos ayudará —manifestó Ralph.

—Tiene mucho que hacer con Elsa —convino la muchacha—. Mi prima posee unas facultades poco menos que milagrosas y cuando sea mayor, si no las utiliza para el bien, puede convertirse en un auténtico monstruo, mucho más que ahora, porque todo lo que hizo fue bajo la infernal influencia de su tutor.

—Pero ¿era posible que una niña, con una mente tan poderosa, pudiera acatar las órdenes de Sphyllix? —preguntó Annie.

—Elsa hacia lo que le ordenaban. Es como si a usted le hubiese puesto Sphyllix una pistola en la mano y le hubiese ordenado disparar contra determinada persona, tras haberle aplicado una dosis de pentotal. Usted, Annie, habría disparado sin vacilar... y Elsa mataba con el solo poder de su mente. Pero no se le puede culpar en absoluto, no, en absoluto —exclamó Ralph enfáticamente.

—Ella no es la culpable —murmuró Scarlett—, Ni siquiera se le puede reprochar la muerte de Freddy Gardner. Nosotros mismos, de niños, hemos pronunciado alguna vez frases parecidas.

—De todas formas, abrigo la esperanza de que Elsa, cuando llegue a mayor, se convierta en una’ persona enteramente normal. A su modo, es una niña prodigio... y ya es sabido que los niños prodigio, en su inmensa mayoría» se convierten luego en seres normales. Podríamos citar infinidad de casos...

Ralph meneó la cabeza.

—Ojalá pudiéramos decir eso dentro de algunos años —murmuró sombríamente—. Sí hemos de creer en la clarividencia de Elsa, ella no vivirá ya mucho tiempo.

—¡Ralph, no digas eso! —exclamó Scarlett, aterrada.

En aquel momento entró un sargento de la policía, con un objeto en la mano.

—Los lentes de Sphyllix. Estaban junto al cadáver del señor Long — declaró. Ralph y Scarlett se miraron en silencio. Elsa había dicho la verdad.

—Los guardaré para entregárselos al inspector Ryan —añadió el policía.

—Gracias, sargento —dijo Ralph.

Pasaron algunos minutos. Aunque ya era una hora muy avanzada, pronto amanecería, ninguno de los presentes sentía deseos de dormir.

—Por supuesto, Annie, tú seguirás cuidando de Elsa —dijo Scarlett—. Seguramente, mi padre será nombrado su tutor y no tendrá inconveniente en que continúes en tu puesto.

—Haré todos los posibles para que Elsa olvide lo ocurrido —manifestó la joven—, Pero tendremos que sacarla de aquí, llevarla a algún lugar más amable, donde naya sol y luz... y sea de veras una niña como todas las de su edad. Y procuraré conseguirlo, porque pondré en ello todo mi empeño.

Ralph no quiso contradecir a la institutriz. En su fuero interno, pensaba que tan bellos proyectos no podrían realizarse.

Annie se dirigió hacia la puerta.

—Voy a dar una vuelta por el dormitorio de Elsa; quiero ver si su sueño es tranquilo — dijo.

Ralph y Scarlett quedaron solos, hablando en voz baja, De súbito, se oyó un agudo chillido en el piso superior.

—¡Elsa no está en su habitación! ¡Ha desaparecido! —gritó Annie.

Ralph se puso en píe de un salto. Annie bajó las escaleras desolada, casi histéricamente.

—No sé dónde ha podido ir esa pobre niña…

Scarlett procuró calmarla. Ralph frunció el ceño, mientras trataba de adivinar el lugar al cual había podido dirigirse Elsa.

De pronto, concibió una idea. Recordó lo que había dicho Elsa acerca de su futuro, tan corto...

—¡Venid conmigo! —exclamó.

Las dos jóvenes corrieron tras él. Ralph subió al coche y lo hizo arrancar de inmediato.

Cuando llegaron al cementerio de Shaddlebell, Scarlett comprendió la idea del joven.

Era ya casi de día cuando oyeron los gemidos lastimeros de un perro. A la lívida luz del amanecer, Ralph, Scarlett y Annie presenciaron una escena indescriptible.

Elsa yacía sobre una gran losa, que cubría la sepultura de sus padres. «Duddy», junto a ella, emitía débiles gemidos, con los que quería expresar el dolor que sentía en aquellos momentos. En los labios de la niña aparecía una dulce sonrisa.

—Está dormida —exclamó Annie.

Con infinito respeto, Ralph se arrodilló junto a la tumba y tomó la muñeca

de Elsa.

Sabía, sin embargo, que era un gesto inútil.

Los dos jóvenes le contemplaban con ansiedad. Al fin, Ralph irguió un poco la cabeza y habló:

—Scarlett, Elsa te pidió que cuidases de «Duddy» cuando ella faltase.

La muchacha comprendió y rompió a llorar amargamente, arrodillada también junto a la sepultura. «Duddy», como si alguien le hubiera dicho que tenía una nueva ama, se acercó a ella moviendo el rabo y empezó a lamerle las manos.

Annie sollozaba inconsolablemente. Ralph se puso en pie.

Miró hacia el Este. Un rayo de sol rojo dio de lleno en su cara. Le pareció que aquel resplandor era el anuncio de una nueva época en su vida.

Nunca olvidarían a una pobre niña, que había tenido la desgracia de poseer una mente indescriptiblemente poderosa y de cuyas portentosas facultades se había aprovechado un granuja sin escrúpulos.

Ciertamente, Elsa había poseído el don de la clarividencia y había sabido anunciar su muerte.

Pero también había profetizado sucesos más agradables. Miró a Scarlett, que ahora acariciaba al perro, todavía con lágrimas en los ojos, y pensó que la joven volvería a sonreír un día.

Nunca olvidarían a Elsa, nunca mientras viviesen, pensó, mientras el sol ascendía en el horizonte.

FIN